

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 40
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

LOS JUEGOS.

Nihil novum sub sole. No hay nada nuevo debajo del sol. En todos los países, en todos los climas, en el Norte como en el Mediodía, entre los negros como entre los blancos, en la choza del salvaje y en el palacio del cortesano, siempre y en todas partes, ha existido el juego con sus atractivos, sus violencias y sus excesos. Los dioses del paganismo destituidos en el día, habían convertido el Olimpo en un célebre garito. Mercurio, primer súbdito entre la divina muchedumbre, inventó el juego, según nos refiere Platon: los parientes y colegas de Mercurio estaban demasiado bien criados, para no adoptar una invención debida á un individuo de su familia: jugaban para rendir homenaje al dios del juego, como se embriagaban por honrar al dios del vino. Plutarco, como Pluton estaba enterado de cuanto pasaba en el Olimpo, refiere en su tratado de Isis y de Osiris una anecdota algun tanto fabulosa. Pero Plutarco es un personaje grave, que no querría engañarnos: creamos, pues, á Plutarco como hemos creído á Platon.

Rhea amaba á Saturno, y era correspondida de él. El caballero Sol descubrió aquella reciprocidad de sentimientos y no la aprobó: los dioses de aquel tiempo eran susceptibles como los simples mortales en punto á sus esposas y queridas. Por acá abajo, los esposos de los dioses se vengaban con la espada ó el código en la mano: en su calidad de dios, el Sol tomó una venganza correspondiente á su clase: condenó á Rhea á no poder parir jamás. Hé aquí á la culpable Rhea condenada á una preñez eterna: ¡pobre diosa!... El amor había causado el mal, y el amor le reparó: entre un robo y una partida de whist, Mercurio se compadeció de Rhea y de la piedad pasó bien pronto á un sentimiento mas tierno: pero era un dios muy pigmeo comparado con el padre Sol, y no podía desencantar á Rhea, sino á fuerza de astucia y de destreza, y propuso á la Luna una parte de su proyecto reducido á una partida de cientos: Mercurio, aunque no lo dicen Platon ni Plutarco, era muy diestro en aquel juego. Aceptó la Luna, y entre dioses no era posible que jugaran billetes de banco. Mercurio apostó su caduceo contra cada septuagésima parte del tiempo que su adversaria iluminase el horizonte. La Luna perdió como no podía menos, por que Mercurio es el dios de los ladrones. Reunió las partidas ganadas á la Luna, y formó con ellas cinco días nuevos, y los ofreció muy gozoso á Rhea, que se aprovechó de ellos para parir. De este modo, el año que hasta entonces se habia contentado con trescientos sesenta dias tuvo trescientos sesenta y cinco.

Los romanos, que creían en Mercurio, jugaban como los gentones, pueblos de Bengala y del Indostan, que creían en otra cosa. En vano gritaba Caton, «Huid de los juegos de azar:» los hombres huían de los discursos de Caton, porque les parecia un censor muy fastidioso.

Los germanos, según Tácito, y los hunos, según yo no sé quien, se jugaban á sí mismos: el que perdía, quedaba esclavo del que ganaba. Empeñaban la libertad por un año, por dos, y á veces por toda la vida.

Ciertos negros mas inteligentes que los germanos y los hunos, jugaban sus mugeres y sus hijos, lo que no impedía que un antiguo gefe bien pintarrajeado y con el cabello rizado, pronunciase un discurso patético sobre el sepulcro de un horroroso negro, que había jugado y perdido diez mugeres y veinte hijos durante su vida, y que esclamase con el aplomo de un hombre civilizado: fué buen esposo y buen padre: así haya recibido su galardón.

Los indios juegan sus dedos y sus ojos. Sin aguardar la revancha, el que pierde se hiere por debajo de la pupila con un punzon hecho al efecto, y se salta el ojo con una destreza inaudita: jamás yerra el golpe: le coloca en un vaso, y continua la partida. ¿Se quedará ciego, ó solamente tuerto? de eso se trata. Si la suerte le favorece su adversario con el mismo punzon se saca un ojo. En este caso, los indios jamás juegan mas que tres partidas, porque es necesario que siempre quede un ojo, para servir de guia á los tres domiciliados en sus respectivos vasos. Nosotros, jugadores raquíticos, como somos unos myrmidones, nunca hemos llegado, ni jamás estaremos á la altura de esos juegos de gigantes.

Sin embargo, los europeos han sido siempre jugadores, pero rara vez á la manera de los germanos y de los hunos, y mucho mas rara vez todavía á usanza de los indios. ¿Jugar á cortarse un dedo ó sacarse un ojo?.. eso no. Unicamente es bueno para dedos y ojos de salvajes: los dedos y los ojos de los europeos son cosas muy preciosas para que los propietarios se deshagan de ellas tan fácilmente. En Nápoles y en algunas partes de Italia, los barqueros juegan su libertad: los

germanos jamás han tenido otros imitadores en Europa.

La invención de los naipes remonta al tiempo de Carlos VI de Francia: en el castillo de Nesle se hacia gran consumo de ellos. Al principio, por falta de costumbre sin duda, se tomaban con seriedad las pérdidas: las catástrofes del palacio de Nesle son célebres en la historia de aquel tiempo. (No deben confundirse con las de la torre de Nesle, que ha trazado Alejandro Dumas). Las cartas se imaginaron para distraer los lucidos intervalos que la demencia dejaba al rey: el inventor, según todo nos induce á creerlo, fué un francés: las coronas y cetros con flores de lis que tienen los reyes, revelan una mano francesa. El rey de espadas es David, el de oros César, el de bastos Alejandro, y el de copas Carlo-Magno. ¿Un extranjero, habría ido á buscar un monarca francés, para hacerle figurar entre los mayores nombres de la antigüedad?

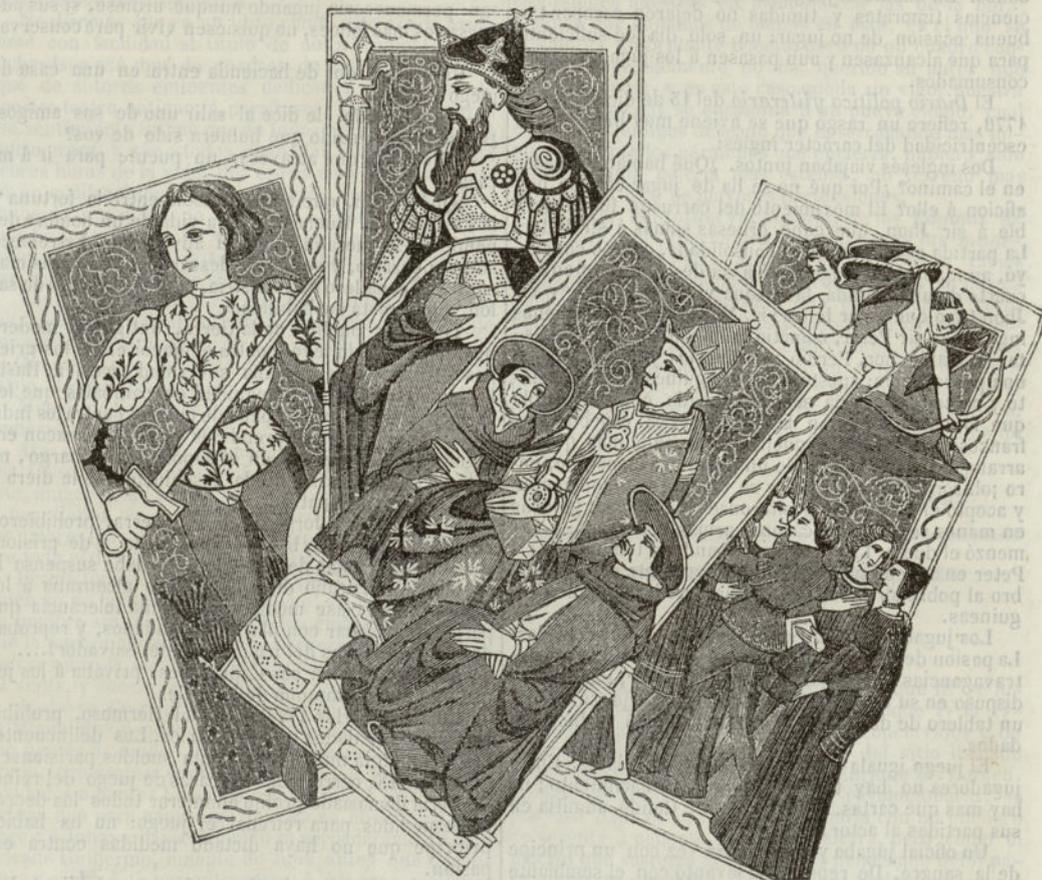
El padre Daniel ha creído que la sota de oros, era Hector de Galard, capitán de la gran guardia de Luis XI. Hector es aquí el hijo de Priamo, de que se hacia descender á los monarcas franceses, por su hijo Astianacte, en los siglos XI, XII, XIII, XIV, XV y XVI.

tas de aquel tiempo dan otra interpretacion á los nombres de las cuatro reinas ó damas de los naipes.

En idioma breton, Judic, y no Judith, significa reina dos veces. Ana de Bretaña es á la que han querido designar. ¿Hay nada mas natural que esta lisonja bretona, y en lengua bretona, á una rei a bretona? ¿Ana de Bretaña no fué dos veces reina? ¿No reinó dos veces en Francia, con su primer marido Carlos VIII y su segundo esposo Luis XII? Argina y Judic son una misma persona, la misma y única Ana de Bretaña. Como reina de Francia, Argina lleva en la cabeza una corona real y como soberana de Bretaña, una corona ducal, caída sobre el brazo. ¿Quiere buscarse una prueba mejor? Reina y duquesa, reina dos veces; tal fué Ana de Bretaña.

Palas, diosa de la guerra; Raquel, diosa de la hermosura, indican que las cartas son el pasatiempo de las damas y de los guerreros.

Los primeros naipes fueron dibujados y pintados á mano, y por esta razon costaban muy caros: mas tarde se los grabó é iluminó, y disminuyó su precio: entonces ya pudo usarlos el pueblo. Pero antes que las car-



Principales figuras de las cartas de Carlos VI.

Por célebre que fuese en su tiempo el Hector de Galard de que el padre Daniel quiere hacer una sota, no puede ponerse en parangon con el Hector de Troya. La cortesania del inventor, no pudo vacilar entre estos dos Héctores.

Lancelote del Lago es uno de los caballeros del rey Arturo; Ogier, un valiente de Carlo-Magno; Lahire, es el famoso Esteban de Vignole, apellidado Lahire, que tanto contribuyó con su valor á consolidar el vacilante trono de Carlos VII.

Solo un francés, debe y puede haber querido, al crear una distraccion frivola, elevar un trofeo histórico á los guerreros de su patria. Los naipes constituyen casi un curso de historia de Francia. No pretendemos que deban sustituir en las escuelas de aquella nacion á las obras aprobadas, pero seria injusto no ver en el inventor de los naipes un hombre eminentemente francés, y muy versado en la historia de su pais.

Dama, viene del céltico *dam*, que significa una persona distinguida: *valet* (criado), se deriva tambien del céltico *was*, y hasta el siglo IX ha querido decir indiferentemente hombre de guerra ó criado de servicio.

El padre Menestrier piensa que Palas, Raquel, Judic, á quien llama malamente Judith, y Argina, anagrama de *regina*, espresan los cuatro modos de reinar por la hermosura, la sabiduria, la piedad y el amor.

El padre Menestrier se equivoca, pues los cronis-

tas asolasen á las clases inferiores de la sociedad, las elevadas estaban padeciendo una enfermedad, una fiebre de juego, que se descubria por mil estravagancias.

Un hijo natural del duque de Bellegarde, ganó cincuenta mil escudos á su padre, y éste le reconoció como hijo legitimo y renunció á los cincuenta mil escudos ganados á su padre. Por aquella suma, el duque hizo lo que nunca habia querido conceder á la voz de la sangre y á sus entrañas paternales.

En tiempo de Enrique III, el Louvre se trasformó en una casa de juego, en donde no se oia mas que el ruido de los dados y cartas, y los gritos de los jugadores.

Enrique IV, que según una cancion, tuvo el triple talento de beber, apalearse y galantear, tuvo ademas otro de que no habla: amaba el juego, y le gustaba mucho ganar. Le era insoportable la virtud, y sus adversarios ordinarios, el mariscal de Basompierre, Sully, el italiano Pimentelli, Mrs. de Guisa y de Joinville, tuvieron que sufrir mas de un sofion, cuando ganaban el dinero á S. M. Pero los jugadores y cortesanos, verdaderos estómagos de avestruz, todo lo digieren, amanzas é injurias, cuando el dinero viene á ayudar la digestion, y la injuria sale de la boca de un rey. En el reinado de Enrique, merced al juego, un señor obtuvo una distincion de que hasta entonces no habian gozado los principes ni los duques. Estos, dice Amelot de la

Houssaye, no entran en carruaje en la casa real, mas que desde 1607, y este favor le deben al primer duque de Epernon. Todos los días jugaba con la reina Maria de Médicis: atormentado de la gota, y sin poder casi moverse, se aventuró á hacer entrar su carruaje en el patio del Louvre, y aquella temeridad le salió bien.

Las primeras reuniones de juego datan de aquella época. Sin distincion de clases ni de trages, la multitud era admitida en busca de su ruina. El primer banquero conocido se llamaba Jonás. Alquiló por cuatrocientas libras diarias una casa en el arrabal de San German, para jugar durante la feria. ¡cuatrocientas libras!... aquella suma era enorme para la época; mas no por eso dejó de sacar mucha ventaja.

Luis XIII, severo é implacable con los jugadores, hizo cerrar cuarenta y siete casas de juego, y condenó á los dueños á diez mil libras de multa.

Mazarino conocia lo que valen en política y en política ciertos medios, y aflojó en la severidad de su antecesor. En su cardenalato, ó por mejor decir en su cuasi-reinado, volvieron á abrirse las casas de juego. Quería mas saber que los señores de la corte estaban ocupados en perder su patrimonio, que no mezclándose en los negocios públicos: mientras jugaban, no conspiraban contra él.

Law creó el juego en el mercado público: las acciones del Misipi, especie de guillotina de las fortunas, é instrumento de ruina y de miseria, se negociaban por las calles y plazas. Algunos lacayos enriquecidos repentinamente, sirvieron de prospecto para aquel juego al aire libre, y pequeños y grandes, ricos y pobres, nobles y plebeyos, hombres y mugeres, todos fueron contaminados del sistema Law, sistema peligroso y fatal, porque estaba protegido por los gobernantes. Muchas gentes se abstienen por decoro de los naipes y dados. En cuanto el juego varió de nombre, las conciencias timoratas y tímidas no dejaron escapar tan buena ocasion de no jugar: un solo día fué suficiente para que alcanzasen y aun pasasen á los jugadores mas consumados.

El *Diario político y literario* del 13 de diciembre de 1776, refiere un rasgo que se aviene muy bien con la escentricidad del carácter inglés:

Dos ingleses viajan juntos. ¿Qué habian de hacer en el camino? ¿Por qué no se ha de jugar cuando hay afición á ello? El movimiento del carruaje fué favorable á sir Jhon, que ganó gruesas sumas á sir Peter. La partida estaba tan bien consolidada, que no concluyó, aunque el carruaje llegó á su destino; pero en un cuarto de una pasada, la fortuna viró de bordo, y sir Jhon tuvo que bajar la cerviz. Menos flemático, menos inglés que sir Peter, cometió la impolítica de manifestar su mal humor. Perdió una puesta, y la reiteró con una provocacion: apostó cinco mil guineas a que á veinte y cinco pasos seria mas afortunado con la pistola que lo habia sido con las cartas. Los espectadores franceses no veian en aquella baladronada mas que un arranque de mal humor de un jugador exasperado; pero ¡oh sorpresa!... sir Peter se levantó tranquilamente y aceptó el desafío. Depositáronse las cinco mil guineas en manos seguras, buscáronse armas y testigos, y comenzó el duelo. La suerte no abandonó tampoco á sir Peter en aquella partida: hirió gravemente en un hombro al pobre sir Jhon, que ademas perdió sus cinco mil guineas.

Los jugadores están sujetos á ideas muy estrañas. La pasion del juego desarrolla en ciertos espíritus extravagancias prodigiosas. Próximo á morir, un hombre dispuso en su testamento, que con su pellejo se forrase un tablero de damas, y que con sus huesos se hiciesen dados.

El juego iguala y confunde todas las clases. Entre jugadores no hay talento, riqueza ni nacimiento; no hay mas que cartas. El príncipe de Condé admitia en sus partidas al actor Baron.

Un oficial jugaba y perdía otra vez con un príncipe de la sangre. De repente se levantó con el semblante demudado y los ojos centelleantes.

—¿A dónde vais? gritó el príncipe.

—Voy á proferir imprecaciones en una pieza inmediata.

—No, amigo mio, no os incomodeis; jurad aqui cuanto queráis.

El escrúpulo del oficial no tiene ejemplo; un verdadero jugador no se molesta por nadie; jura delante de un príncipe como delante de un igual suyo; el oficial era mas cortesano que jugador, y hubiera ganado mas en las antesalas que en una mesa de juego.

Crédulos y supersticiosos, los jugadores son tímidos como niños.

—Cuántas veces corta ese caballero, decía un hacendista, estoy seguro de perder.

—Caballero, decía un jugador desgraciado á un espectador que se hallaba á su lado, no soy bastante rico para que permanezcáis junto á mí.

Por nada en el mundo jugarian unos en una mesa y otros en una pieza. Estos mudan de cartas ó de dados á cada paso, y aquellos atribuyen su suerte ó su desgracia á cierta parte de su vestido. Pedro suspira por la lluvia, que le es propicia, y Juan forma fervientes votos por el buen tiempo, que le hace ganar. Unos solo juegan de noche, y otros de día. Muchas mugeres han sido abandonadas porque los hombres las acusaban de ser su genio maldico en el juego.

¿Y hay acaso nada comparable al suplicio del jugador, que habiéndolo perdido todo no se le concede el jugar sobre su palabra?... queda clavado en su asien-

to, inmóvil, fija la vista en las cartas, que devora con sus miradas. Juega entre sí mismo, adopta un naipe, y aquel le es favorable, hubiera ganado y recobrado su fortuna. ¡Qué mala suerte!...

En 1723, un capitán del regimiento de Auvernia, que se hallaba de guarnicion en Bayona, perdió al billar hasta su último maravedí. Capitanes de infantería, pintores y poetas, no inspiran mucha confianza á los prestamistas. El oficial tascaba el freno en silencio; tenia una bola en la mano, que mordía con desesperación; se la introdujo en la boca, no fué posible sacársela, y murió.

Los antiguos eran poco consecuentes consigo mismos. Tributaban culto al dios del robo y del juego; adoraban divinidades libertinas y crapulosas, y se asombraban y afligian de la inmoralidad de los pueblos. De cuando en cuando, para reparar el mal ejemplo que daban sus dioses, les atribuian acciones sublimes. Qué buena decision han puesto en boca de Caco, uno de los tres jueces infernales!...

Claudio, emperador de los romanos, era tambien emperador de los jugadores; mientras vivió, se incensaron sus vicios y disoluciones; pero cuando murió, se dijo la verdad. Se pretendió que á su entrada en los infiernos, habia sido condenado por Caco á recoger perpetuamente los dados de los jugadores. ¡Cuánta conciencia en aquel suplicio impuesto al jugador mas desenfrenado de su tiempo!... ¡Ver jugar, no jugar, y servir á los que juegan!... ¡Y un emperador!... ¡qué humillacion!... ¡qué leccion para los hombres!...

El juego inspira palabras llenas de una energia salvaje que asusta y asombra. No es el hombre quien habla, es la pasion, la mas terrible, la mas penetrante de las pasiones, la única eterna. El amor desaparece con el tiempo y la santidad: la pasion del juego jamás se sacia. Escuchad, mirad á ese hombre que juega; pierde el pan de sus hijos, está loco. Quémase la casa y le avisan: permanecería jugando aunque ardiese, si sus adversarios mas felices, no quisiesen vivir para conservar su dinero.

Un recaudador de hacienda entra en una casa de juego y gana.

—Desgraciado, le dice al salir uno de sus amigos, ¿si hubieses perdido qué hubiera sido de vos?

—¿No tenia que atravesar un puente para ir á mi casa?

¿Qué pasion, que no deja medio entre la fortuna y la deshonra?... Muchas veces la vida de un hombre depende de la moralidad de su adversario. Estremece solo el pensar, y serian de desear penas severísimas contra el caballero de industria, contra el ladrón de salon, que explota su habilidad.

Todos los pueblos de la tierra, antiguos y modernos, han formado leyes contra el juego: entre los griegos y romanos eran de una severidad escesiva. Hasta los japoneses con esa humanidad de canibales que les es propia, decretaron la pena de muerte contra los individuos que fuesen sorprendidos jugando. Dracon era digno de haber nacido en el Japon, sin embargo, no dejó de aprovecharse de la casualidad que le diera á Lacedemonia por patria.

Enrique VIII y Jorge III de Inglaterra, prohibieron jugar á los artesanos bajo pena de multa y de prision. Durante las fiestas de Natividad quedaba suspensa la prohibicion. Estraño decreto que no alcanzaba á los nobles ni á la clase media... ¿Estraña tolerancia que permitia profanar con placeres mundanos, y reprobados los santos días del nacimiento del Salvador?...

Carlo-Magno en sus Capitulares, privaba á los jugadores de la comunión de los fieles.

En 1345, Carlos IV, llamado el Hermoso, prohibió los juegos de dados y otros varios. Los delincuentes incurrian en la multa de cuarenta sueldos parisienses.

Carlos IX, cerró todas las casas de juego del reino.

Seria demasiado prolijo enumerar todos los decretos espeditos para refrenar el juego: no ha habido príncipe que no haya dictado medidas contra esa pasion.

En nuestros días, la cámara francesa de diputados, volvió por la causa de la moralidad pública, y por unanimidad, concluyó con la ruleta y demas juegos, en que el pueblo perdía sus ahorros, y se acostumbraba á robar para tener con que jugar.

Es infinita la variedad de los diferentes juegos de naipes y de dados: algunos de ellos apenas han llegado hasta nosotros: apenas conocemos mas que los nombres.

Si suprimimos la berlanga, el whist, los cientos, e imperial, el quince, el ajedrez, las damas, el chaquete y el billar, no nos quedará casi nada. Nuestra época no ha inventado mas que el ecarté, que despues de haber brillado con mucho esplendor en los salones, ha ido á terminar su carrera en las antesalas con los lacayos y criadas. El ecarté, ya no existe: ¡séale la tierra level!... ¡paz á sus cenizas!... Nuestros jugadores, con grande ignominia suya, no han producido mas que el ecarté en treinta ó cuarenta años. Nuestros abuelos eran mucho mas inventores y fecundos. Podian disponer para su ruina, de toda especie de juegos. Cuando se cansaban de perder á un juego, adoptaban otro: esta variedad los hacia descansar.

Primero se introdujo el *ambigu*, y luego la *baceta*, importada de Italia á Francia en 1674, por Justiniani, embajador de la república de Venecia. ¡Qué diferente destino en los dos países!... El noble veneciano, padre de la baceta, fué por los crímenes de su hija, desterrado de su patria: en Francia, tierra prometida de los estrangeros, la hija del desterrado, gozó en tiempo

de Luis XIV de una inmensa boga: su padrino Justiniani fué obsequiado y bien recibido del rey y de toda la corte, á principios del siglo, existian todavia varios juegos como el de *Belles fleurs*, (á la flor) y la *bestia ó el burro* que se juega con treinta y dos cartas entre dos, tres, cuatro y cinco personas. El *biribi*, es tambien una importacion de Italia como la *berlanga*, que solo usan en el día las gentes de cabeza muy dura, y de talento demasiado limitado para aceptar las combinaciones del whist. La *brisca*, *brusquenville* y *cavagnola*, que nació en Génova á mediados del siglo XVIII: el *cometa*, que se juega con dos barajas sin los ases: el *comercio*, juego elástico que admite desde tres jugadores hasta doce: el *cuco*, juego todavia mas elástico que el *comercio*: *cul de bas*, *quimbarda*, *quinguela*, *dupe*, *emprunt*, *ferme*, la *oca*, de origen catalán, emigrado á Roma, y conaturalizado en Francia por el cuidado del cardenal Mazarino: el *hombre*, juego digno de su titulo por los muchos cálculos, y profundo estudio que exige: el *hombre de Auvernia*, el *imperial*; inventado en tiempo del emperador Carlos V: el *lansquenete*, que ha tomado su nombre de los infantes alemanes llamados lansquenetes, que fueron á Francia en el siglo XIV: *lindoro ó el enano amarillo*, *malilla*, *mediator*, *pámfilo*, *mariposa*, *espadas*, *medrille*, *cientos del céltico pique*, (escoger): cada uno de los dos jugadores recibe doce cartas, y elige las que quiere conservar, las demás las pone á un lado. *Cuarenta de reyes*, *quince*, *revesino*, juego muy ridiculizado hace algunos años, y que nació en el reinado de Francisco I; los galantes caballeros de aquella época eran tan inconstantes en el juego como en el amor: unas mismas damas, y unos mismos juegos, no podian agradecerles mucho tiempo. Como el amo daba ejemplo de lijereza é inconstancia, la corte y la ciudad procuraban imitarle. A estos aficionados á innovaciones, les fué necesario un juego que tuviese una marcha y un orden enteramente opuestos á los que ya se conocian.

El *sixte*, *sizette* y *solitario*, que se jugaban con barajas diferentes de las que hasta entonces se habian usado en Francia. *Trece*, *treinta* y *cuarenta*, *treinta* y *una*, *tresillo*, *triumfo*, *whist*, juego inglés, generalmente adoptado en el día en la buena sociedad.

De las cartas pasemos á los dados y juegos de habilidad.

Ballon, *belle*, con dados, especie de ruleta con 104 números, procedente de Italia. *Billar*; *blanca*, juego semejante á la loteria, originario tambien de Italia: *bolos*, *damas*: el padre Daniel, cuya opinion forma autoridad, pretende que fueron inventados por los romanos, y que se llamaban *tudus latruncularum*, el juego de los pedazos de madera. Ovidio y Lucao les han consagrado algunos versos. Los germanos le aprendieron sin duda de los romanos, y le dieron el nombre que tiene entre nosotros. La version del padre Daniel encuentra naturalmente contradictores. *Danun*, en alemán, significa muralla, fortificacion, y *damen* jugar á la fortificacion: ¿habremos ido á Alemania á buscar nuestro juego de damas y su nombre? *Recreo de Marte* con cubilete y dados: *dominó* y el *ajedrez*, participan con otros juegos de un nacimiento problematico. Unos atribuyen el ajedrez á Palamedes, otros á Sersa, conserjero intimo de Ammolin rey de Badlonia. Euripides refiere que Ajax y Protesilao jugaban al ajedrez; Homero por su parte nos representa á los aspirantes á Penélope, jugando tranquilamente al ajedrez á la puerta de su inhumana. Otros suponen al ajedrez originario de la India. Porque segun ellos su primitivo nombre árabe ó persa significa rey, principal pieza del juego. Segun la misma opinion le inventó un brahma llamado Sissa ó Sista, hacia el siglo V, para Sirham, rey de la India. Hay personas que atribuyen al ajedrez un origen alemán, apoyándose en la palabra alemana *Schach*. Que el ajedrez sea árabe, persa, chino, ó alemán, importa muy poco: consignemos su antigüedad, y no procedamos á mas averiguaciones.

Carlo-Magno era gran jugador de ajedrez. Hide refiere que durante algunos siglos se conservaron en el tesoro de San Dionisio las piezas del ajedrez que pertenecieron al grande emperador.

Carlos XII, ese soldado coronado, amaba con pasion tambien el ajedrez, que le recordaba los azares de la guerra: durante su cautiverio en Bender, en Turquía, ya que no podia batir á los rusos en el campo de batalla, se consolaba con vencerlos en el ajedrez.

Luis XIII tenia el mismo gusto que Carlos XII, pero no provenia de su afición á la guerra. Para jugar en el coche, tenia un tablero bordado en uno de los almohadones: las piezas terminaban por un alfiler, y se clavaban en él.

Don Juan de Austria, el héroe de Lepanto é hijo natural de Carlos V habia hecho embalsosar una pieza de su palacio á manera de ajedrez. Tendíase en el suelo, y pasaba dias enteros, jugando ó mas bien combatiendo evoluciones militares ó movimientos estratégicos.

Despues de todas estas testas coronadas, despues de esos grandes príncipes, será muy modesto citar á Filidor, pero este, aunque simple vasallo, era el rey del ajedrez, y ni Carlos de Suecia, ni Luis de Francia, hubieran podido luchar con aquel invencible adversario.

Esperanza, dados; *guerra*, dados y fichas; *himeneo*, juego de tablero con dados y fichas; el *krabbs* se juega con dos dados que producen treinta y cinco variaciones, era de origen inglés: el *juego de las llaves*, antiguamente de moda en la jurisdiccion de Chamaraude y en la bañia de Etampes era una diversion peligrosa.

sa, porque se jugaba con un pedazo de hierro, que solía penetrar en la carne y causaba heridas graves. El 46 de junio de 1779 un mandato del fiscal, prohibió el juego de las llaves; prohibición que fué confirmada el 40 de julio de 1784. La lotería, que vino de Italia. El preámbulo del decreto expedido por el Consejo de Estado, para la creación de la lotería en Francia, es muy curioso, decía así:

«Habiendo llamado la atención de S. M. la inclinación natural de sus súbditos, á emplear su dinero en loterías particulares, y deseando proporcionarle un medio cómodo de crearse una fortuna segura y agradable, y aun enriquecer á su familia... ha creído conveniente establecer en la casa de ayuntamiento una lotería real de diez millones»

El bondadoso y filántropo Consejo de Estado, no preveía que un siglo mas tarde, la lotería sería condenada y abolida por el mismo interés del pueblo. A otros tiempos, otras costumbres.

El mallo. Con un mazo de madera guarnecido por ambas puntas de hierro, se empuja una bola tambien de madera. *Mapa-Mundi*, juego de tablero; *Marina*, juego de dados y cubilete; *oca*; *pares y nones*; *embudo*; *Jaraon*; *gallina ó polla de Enrique IV*; *perfecta igualdad*; *passé-dix*, y *pelota*. Plinio nos refiere que la pelota se debe á Pithus ó Picus; pero no se toma el trabajo de decirnos en qué siglo ni en qué país vivía el señor Pithus ó Picus, y su erudición no nos sirve de gran cosa. Según Ateneo, el honor de la invención pertenece á Nausicaa, hija del rey Alcino; según Dicearco á los de Sicione; según Hispato, á los lacedemonios; según Herodoto, á los de Lydia, los griegos y los romanos. ¿Cuándo cobraron los modernos la afición á no jugar á la pelota al aire libre? Hé aquí una cuestión grave que no nos permitiremos decidir. Probablemente alguna día la lluvia calaría á los jugadores, ó el sol los calentaría demasiado, y los aficionados calcularían que contra el sol y la lluvia no había mejor preservativo que construir un palenque cubierto, y así lo hicieron. Primero se jugaba á la pelota con la palma de la mano. Después de hincharse muchas manos, y de lastimarse los dedos y los brazos, vinieron los guantes dobles, y por último apareció la pala, la mas reciente y elevada expresión de la civilización en materia de pelota. El uso de la pala se remonta al siglo V.

Las cuatro flores, bolos, quinquenova, reverquier, y ruleta, inventados en las casas públicas de juego de Gèvres y de Soissons; *toc*, *tourne vase* y *chaquete*.

Belagi, rey de la India y tributario de Nushiravan, rey de Persia, no sabiendo como disipar la tristeza que le consumía desde la mañana á la noche, concibió y ejecutó el proyecto de rebelarse contra su señor. Estalló la guerra entre ambos pueblos; guerra furiosa en que perdieron la vida millares de hombres, y en que fueron saqueadas ciudades florecientes; en fin, batido, cercado y vencido, Belagi hizo al vencedor la mas necia de las proposiciones, y éste todavía mas necio la aceptó. Belagi consentía en someterse, si los persas, por sí solos, y sin auxilio de nadie, lograban descubrir el mecanismo del juego del ajedrez. Nushiravan, según esta prueba, debía ser un príncipe escelente; no tenía mas que decir una palabra, hacer un gesto, y Belagi era su prisionero, su esclavo, y se condepuaría muy feliz con no sufrir la prision y la esclavitud; y sin embargo, Nushiravan, el vencedor de los vencedores, se deja engañar por una proposición que todo lo hacia cuestionable... ¡Oh grande Nushiravan!... Bouzourgemhis, uno de los consejeros íntimos del rey, de cabeza cuadrada y talento profundo, casi hechicero, el Filidor de la Persia, batió á los indios en este terreno, como su amo los había batido en el campo de batalla. Hé aquí, pues, á los indios con justa razon tributarios de la Persia, por el doble derecho de la victoria y del ajedrez. En adelante ya no habrá guerra ni grande ni pequeña; los indios no tienen mas que pagar el tributo con la mejor voluntad posible. Pero Bouzourgemhis era hombre de humor, continuó las escaramuzas; había adivinado el ajedrez, inventó el chaquete, y en nombre del poderoso Nushiravan prometió á los indios la rebaja del tributo, y aun la emancipación de su patria, si á su vez descubrían la marcha del chaquete. No se encontró en toda la India ni un solo Bouzourgemhis, y esto no es asombroso, porque semejante clase de hombres es muy rara y no nacían mas que en Persia.

El chaquete permaneció como un enigma para aquel pueblo poco inteligente, y Nushiravan, tres veces vencedor y propietario de la India, añadió á su escudo de armas un chaquete. Luego los indios trataron en varias ocasiones de sublevarse; mas para reducirlos á la razon se les enviaba al momento un tablero de chaquete y un descendiente de Bouzourgemhis, y al instante los revoltosos volvían á entrar en su deber. La ciencia del chaquete se ha perpetuado en la ilustre familia de los Bouzourgemhis, y jamás ha penetrado en los estados de la India.

Se non é vero é mal trovato.

Tales son los diferentes juegos que cultivaban nuestros padres, y que descuidan sus virtuosos hijos. Nuestro siglo, eminentemente moral, ha cerrado las casas de juego; pero ha elevado un templo magnífico al agiotaje. Ha adornado ese templo con cuantos mármoles, peristilos, columnatas, inscripciones y objetos seductores ha podido encontrar. En el frontispicio de la Bolsa en Paris, se lee; Tribunal de comercio, y encima de la puerta del cuerpo de guardia, las palabras, libertad

y orden público. Entrase allí, y se ve que cien mil personas juegan lo que no tienen. En la bolsa se juega á crédito, en Frascati no se conocía el dinero contante. En la bolsa se juega de día y de noche: en Frascati, se abría la caverna á las cuatro, y se cerraba á las dos de la mañana. En la Bolsa tienen los jugadores contra sí su estupidez y la mala fé de los demas.

Gracias al cielo, ya no existen muchos juegos, y con el tiempo quizá desaparezcan la mayor parte de los que aun quedan.

CRITICA LITERARIA.

UNA HISTORIA DEL GRAN MUNDO,

NOVELA ORIGINAL (4)

DE DON TEODORO GUERRERO.

El campo del amor es muy variado, y hoy nos hallamos frente á una obra consagrada á delinearle desde una porcion de puntos de vista. En la sociedad tiene esa pasion la poderosa influencia que todos sabemos. ¡Ojalá no la superáramos, ó al menos no la superáramos sino de oídas, ó por la lectura de novelas, aunque fueran de un desenlace tan desgraciado como el de la presente!

Obras del linaje de esta son para gustadas, por lo mismo de ser muy de casa, es decir muy de nuestro siglo y de nuestra clase; razon de mas para que aparte de otras, hayamos leído con avidez la última obra de don Teodoro Guerrero, en el cual parecen las costumbres de nuestro siglo asunto tan familiar y tan dócil, como lo es en nosotros la alabanza cuando se nos depara ocasion de dispensarla.

No diremos que en un libro como este pueda aspirarse con facilidad al titulo de autor original: desde Richardson acá ¡qué de cuadros de nuestra sociedad! ¡qué de autores eminentes dedicados, como los de nuestro teatro antiguo, á parafrasear de mil maneras ese sentimiento íntimo que en todos hace mas ó menos fuerte presa, y que á todos suele dar las mejores y las peores horas de la vida! Por eso es muy difícil presentar un cuadro nuevo, un tipo extraño, un misterio desconocido, una queja no exhalada, despues que la novela francesa ha hecho tantos viajes al rededor del mundo del amor, sin dejar piedra ó muger por observar, mar ó corazon por sondear.

Todo el mérito se cifra, por eso, en los pormenores, viniendo á ser un mérito de ejecución mas que de pensamiento. Aquel y no otro es el que tiene la novela de Guerrero, que es obra de mucha verdad, de lijero estilo, de fina observación.

Miguel de Céspedes es el rey de la elegancia, el emperador del buen tono y el sultan del bello sexo.

Ama, quiero decir, es amado por la viuda Rosario; por Luisa, esposa de otro hombre de buen tono; por Rita, muger de un editor responsable, de buenos años, y por Celina, cantatriz en el teatro del Circo. De estos amores hay cantidad razonable que descontar, sobre todo el de Celina y mucha parte del de las otras.

Pero á todos se sobrepone Julia, cándida niña en quien yo no hallo otro delito sino el de enamorarse de un hombre sin corazon. Tal es, sin embargo, el triunfo que la pureza obtiene sobre la perversidad, y la inocencia sobre la malicia, que Céspedes se enamora muy de veras, y concluye ¡el tan sabido! por casarse.

Acabó ya Céspedes para el mundo, y el mundo para Miguel de Céspedes. Pero como no han acabado de ser gentes de mundo las que hasta ahora hemos nombrado, conjúranse contra la felicidad de Céspedes sus olvidadas amantes Luisa y Rosario, sale á plaza Eladio Ortega que para ganar una apuesta se obstina en perseguir á Julia; cruzase tambien el verdaderamente enamorado Guillermo, amante de Julia antes que Céspedes, y acaba éste por entregarse á los mas violentos celos, hasta que pierde la razon y mas tarde la vida, siendo este el término que alcanza tambien á Julia y Guillermo, mientras quedan en el mundo para nuevas hazañas Luisa, Rosario, Ortega y todo el séquito de estos despreciables personajes.

Este es el cuadro en que el autor ha ido embutiendo preciosas maderas, y derramando el lujo de su buena imaginación. La sátira canta rebosa en muchas páginas, y una condenación severa de los estravios juveniles, ó de los verdaderos crímenes de nuestras gentes de mundo, viene á denunciar de trecho en trecho al escritor puro que no siempre se contenta con hacer una guerra disimulada al vicio, antes se presenta contra él como su enemigo declarado.

Así y todo, y aun conviniendo nosotros con el autor con el desearo general de costumbres, patente en nuestro siglo, todavía nos parecen demasiado odiosas, y quizá exageradas, las figuras de Luisa y Rosario cuando conspiran por los mas ruines medios y por puro despecho contra la felicidad conyugal del protagonista, si no es que con esto quierá significarse que aquellas mugeres fueron un castigo providencial del delito que había cometido Céspedes con solo amarlas ó con tan mal amarlas.

Las reflexiones que surgen de *Una Historia del Gran Mundo*, son varias, de las cuales haremos gracia á nuestros lectores, por no arrebatárles el placer de

(1) Se vende á 6 rs. en las librerías de Cuesta y Monier.

entresacarlas ellos propios. Diremos, si, que tiene esa *Historia* algo de la idea que preside al *Hombre de mundo*, con la diferencia de ser la novela absolutamente trágica, aunque envuelta en un traje de fantasia, pareciéndose en esto á los cementerios modernos, en donde la amenedad de los vergeles, la profusion de ofrendas botánicas y la riqueza artística de los monumentos están escondiendo un banquete de gusanos.

Esto, que al parecer es una contrariedad, tenemos para nosotros que es un verdadero mérito en la actual literatura y en la novela de Guerrero. El mas alto primor de la comedia, del apólogo, de la sátira y de todos esos géneros indirectos que esconden mas ó menos el azote poético, consiste, á no dudarlo, en poner la corrección al tocador, y despues de bien prendida y perfumada, pasarla por entre los vicios para que los venza y los subyugue.

Decíamos que en esta novela transpira algo del pensamiento de Vega, á saber: la inquietud espitorial con que suele vivir un seductor despues de seducido. Este es un gran principio; pero pocos se decidirán á practicarlo, mientras la muger prefiera por vanidad al que no habiendo de amarla, no le ha de procurar los verdaderos goces del amor, causándole en cambio, los verdaderos tormentos del desdén. Este fenómeno es ya antiguo: Calderon y compañeros poetas, lo hallaron muy arraigado, y se decidieron en paráfrasis sayas; pero no alcanzaron nuestros tiempos en que de tal suerte se ha democratizado, que yo no sé cómo *el gran tono* no prefiera amar mucho y bien para singularizarse. No digo que ese absurdo deje de tener su aplicación. En el bello sexo todo va siendo cálculo, y por consiguiente todas sus singularidades pueden reducirse á él, y de ahí los novelistas matemáticos como Dumas y aun Balzac.

Todo lo que va dicho, es muy en elogio de la novela del señor Guerrero, envuelto, como se ha visto, en escursiones nuestras en armonía con las de la obra: lo único que hallamos de menos en ésta, es el que se nos antoja un brillante boceto; pero no un cuadro concluido. Probablemente no ha querido su autor que fuese otra cosa, y en este caso queda sin vigor nuestra censura, la cual se encamina á un nuevo elogio, cual es que hubiéramos deseado que desarrollando mas minuciosamente los gérmenes que encierra, hubiera sido esta obra una galería mas estensa, un terreno mas amplio, un libro de mayores pretensiones.

El autor del *totum revolutum*, de las *Páginas de un demente*, del *Diccionario del amor y de las mugeres*, del *siglo XVIII y Siglo XIX*, y de otras varias obras, ha ganado mucho á nuestros ojos con su última publicación, y ha acreditado que pertenece al corto número de nuestros escritores filósofos al par que lijeros y correctos, al par que desenvueltos. Terminamos con rogarle, que pues ha hallado su verdadero género literario, no descuide su cultivo y camine en él por el contrario con la confianza que ya pueden infundirle su buena reputación, los aplausos y el juicio favorable de la crítica.

G. BORAO.

EL VIAGERO ESPAÑOL EN PARIS.

(Continuacion).

El puente Nuevo. En tiempo de Enrique III se hicieron los cimientos de esta obra, y Enrique IV la terminó. Este puente es uno de los mas concurridos y de los mas feos de la capital. En medio del sitio llamado *el Terraplen* se eleva la estatua de Enrique IV. Habiendo sido destruida por el huracan revolucionario, se propuso bajo el imperio reemplazarla con un obelisco de sesenta á ochenta metros de altura, pero como el macizo que sostenía la estatua era demasiado débil para sostener esta masa, hubo precision de demolerle y reconstruirle de nuevo con mas cuidado. Estaba esta obra á punto de terminarse cuando vinieron los acontecimientos de 1814, y habiéndose cambiado su destino se continuó, no en granito como antes, sino en piedra Chateau-Landon.

La estatua moderna es de Mr. Lemot, autor del bajo relieve que adorna el fronton de la columnata del Louvre. El caballo descansa sobre dos pies y el caballero ciñe una coraza; con una mano ase la brida y con la otra se apoya sobre un baston de comandante: su cabeza aparece coronada de laureles.

El pedestal es de mármol blanco perfectamente ejecutado; sus lados laterales están adornados de bajos relieves; en el que mira al Mediodía se ve á Enrique IV permitiendo dejar entrar viveres en Paris durante el asedio; y en el que mira al Norte está representada la entrada de Enrique en Paris.

La estatua de Mr. Lemot presenta un flaco bastante notable para la crítica. Con especialidad el caballo es muy defectuoso; no se sabe si camina al trote ó al paso, y ademas es demasiado grueso.

Este monumento se elevó á espensas de una infinidad de suscritores voluntarios; pero lo que es digno de notarse, es que la estatua de Bonaparte que dominaba en otro tiempo en la columna de la Plaza Vandome se halle actualmente en el vientre del caballo de Enrique IV. Tiene catorce pies de altura, pesa mas de treinta arrobas, y ha costado 337,860 francos.

Plaza del Delfin. Dejando la estatua de Enrique IV

se entra en la plaza del Delfin que está en frente. No tiene esta plaza nada que sea digno de atención, excepto, sin embargo, el triste monumento que adorna la fuente que aparece en medio; este monumento fué elevado á la memoria de Dessaix por sus compañeros de armas.

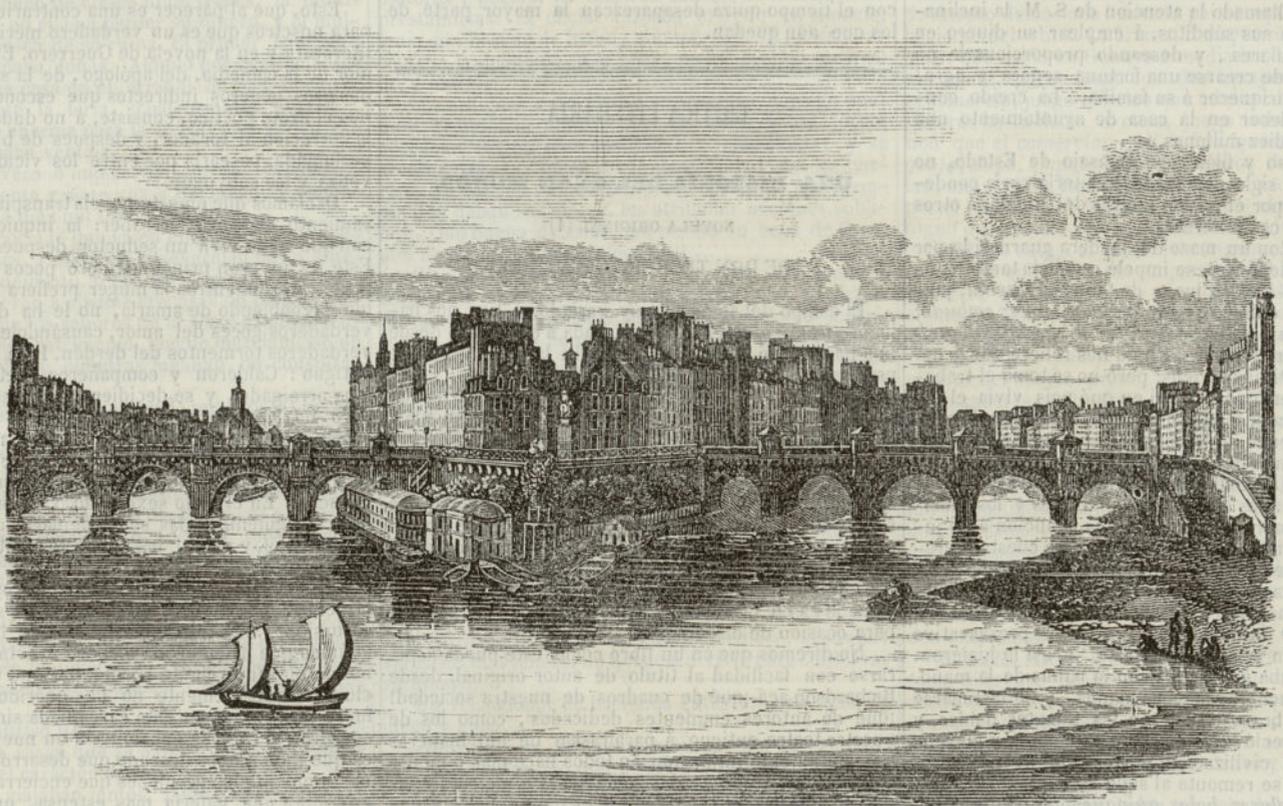
Allí se ve al héroe coronado por el genio de la guer-

gótico que San Luis mandó edificar en 1140. Es demasiado elevado para su estension.

En tiempo de la revolución estuvo convertida esta capilla en depósito de los archivos. Las ventanas de cristales pintados, presentan una colección de trabajos de un gusto algo tosco; pero no tienen rivales respecto á los colores, los cuales ni aun se pueden

destinado á recibir los cadáveres de las personas que se hallan muertas en distintos puntos de París; allí las tienen espuestas durante algunos días hasta que son reconocidas por sus parientes ó por sus amigos. Pueden sacarlas, pero es necesario que paguen antes.

Este edificio recibió en 1835, reparaciones y mejo-



El puente Nuevo.

ra, y hacia el lado del Puente Nuevo, se leen las memorables palabras que pronunció antes de morir.

«Id á decir al primer cónsul que muero con el sentimiento de no haber hecho bastante por la patria.»

Debajo del pedestal se fijaron cuadrados de piedra mármol, sobre los cuales se grabaron los nombres de los suscritores, cuyas inscripciones son en el día ilegibles, y no se concibe como los artistas que dirigieron este monumento, no previeron que estas inscripciones en letras pequeñas de mármol, espuestas á los choques de las cubas de los aguadores, no podían ser de mucha duración; por lo demás, esta fuente, y todos sus materiales, son generalmente de malísima calidad. No obstante, este monumento fué restaurado el año de 1830.

Palacio de los Tribunales. Este edificio es de antiquísima fundación, y un tiempo fué habitado por San Luis. Ha sido también presa de varios incendios, y reedificado, hasta que en 1787, Luis XVI le hizo reparar con magnificencia. La revolución del año 93, le despojó de todos sus ornatos; pero en 1833, fué enteramente restaurado por el rey Luis Felipe.

En su recinto, celebran sus audiencias varios tribunales titulados: 1.º la *cour de Cassation*; 2.º la *cour royale*; 3.º el *tribunal de premier instance* y 4.º el *tribunal de simple police*.

La sala llamada *des Pas Perdus*, fué construida por Debrosses, autor del pórtico de San Gervasio. Se compone de dos grandes naves paralelas abovedadas, separadas por una hilera de arcadas. Esta sala, que es muy espaciosa, se alumbraba por medio de ventanas semicirculares, practicadas debajo de las bóvedas. Desde 1836 está cerrada por medio de una verja.

La Santa Capilla. Al Mediodía del palacio de los Tribunales, está la famosa Santa Capilla. Es un edificio

imitar. Felizmente para los franceses, se han libertado de los embates de la primera revolución y de los trastornos del año 4831.

El palacio de los Tribunales, va á quedar completamente aislado por las demoliciones que se practican continuamente en sus alrededores.

Puente de San Miguel. Saliendo del Palacio y siguiendo la calle de la *Barrillerie*, con dirección al Me-

ras notables; se han restaurado sus paredes y el techo se ha cubierto con zinc.

Escuela de Medicina. Este precioso edificio fué construido en 1774 según los dibujos de Gondoin; se compone de cuatro alas formando un cuadrilongo.

La fachada principal de la escuela da á la plaza, y se divide en toda su estension por un entablamiento de una columnata de orden jónico. Este mismo orden reina en derredor del patio.

El orden jónico sostiene un ático que corona todo el edificio; el ático está lleno de ventanas, tanto por el lado que mira á la plaza, como por las cuatro fachadas que dan al patio.

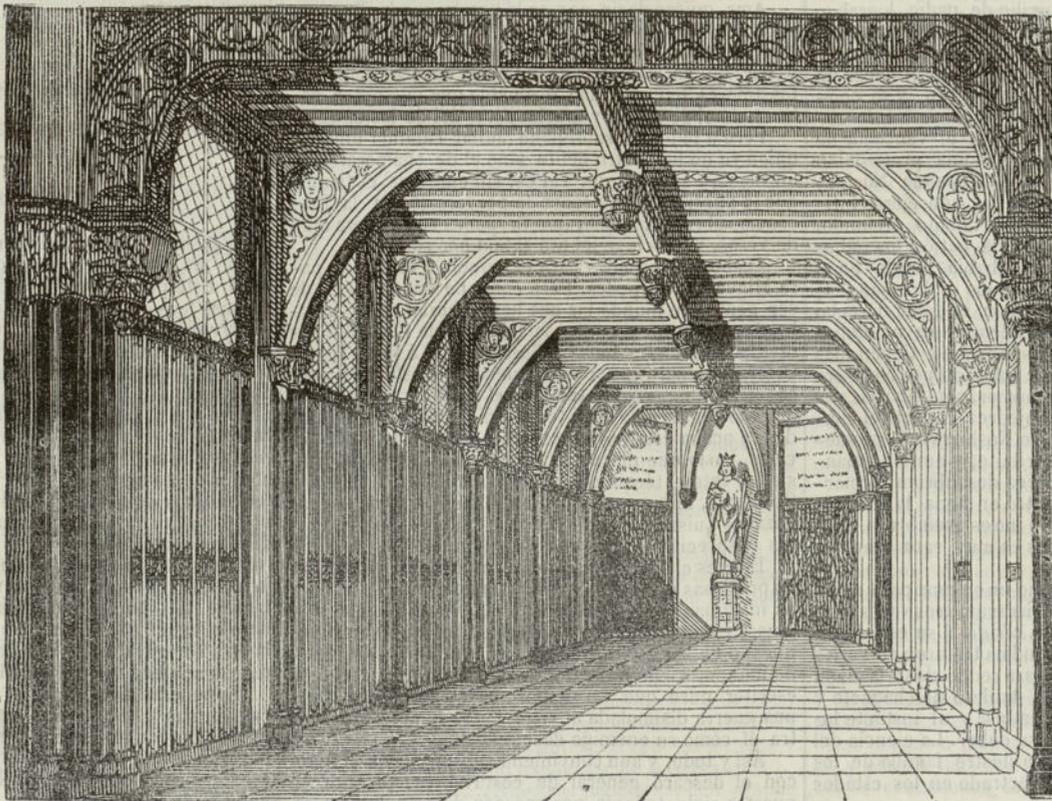
Las columnas son bastante espaciadas para que se hayan podido abrir arcadas entre ellas.

A los lados de la puerta de entrada se han suprimido dos arcadas, de suerte que en estos sitios la columnata está clara.

Encima de la puerta de entrada se observa un bajo relieve representando al gobierno acompañado de la Sabiduría y de la Beneficencia, y un genio sosteniendo el plan de la escuela. Con razón se ha hecho muy poco caso de él.

Cuando se penetra en el patio aparece de frente un cuerpo avanzado compuesto de seis columnas de orden corintio; el lado está coronado por un frontón angular adornado de un bajo relieve que representa la Teoría y la Práctica, ejecutado por la misma mano que el precedente, y de un mérito semejante. Obsérvese bien, que el peristilo jónico continua hasta la parte posterior del pórtico corintio. Sería difícil justificar esta disposición. ¿A qué vienen esas dos columnatas de órdenes y proporciones diferentes colocadas la una delante de la otra? Una puerta se abre en medio del pórtico corintio.

Como el capitel jónico está coronado de una voluta no es posible colocar con ventaja columnas de este orden en los ángulos.



Sala des Pas Perdus de los Tribunales.

dió, se llega al puente de San Miguel. Tiene ciento setenta y seis pies de longitud sobre sesenta y tres de anchura. Se le desembarazó de las casas que contenía en 1807.

Aseguran que en el café que está debajo del puente se vendió por la primera vez á dos sueldos la taza de café al público.

La Morgue. Cerca del puente de San Miguel, se vé un pequeño edificio bastante regular. Este local está

Cuando se está debajo de la puerta de entrada se ve al extremo de la galería de la izquierda una escalera de piedra que conduce á las piezas que se han practicado en lo interior del ático: en una de estas piezas

de Arcueil había sido especialmente construido para conducir aguas al palacio de las Termas; este edificio tenía ramificaciones que se estendian por un lado hasta el rio, y por otro hasta la plaza de San Miguel. Se

está ocupado este edificio por la universidad. (Academia de Paris.)

La iglesia se fundó en 1633; Lemercier fué su arquitecto; es una imitación muy mediana de San Pedro de Roma; el pórtico es muy comun, compuesto de dos órdenes, coronados de un fronton. Esta fachada es detestable hasta en sus pormenores, teniendo demasiada altura relativamente á la elevación que marca la torre; está llena de ventanas y sostenida por pilastras, cuyo conjunto produce muy mal efecto.

En la parte interior de esta iglesia se halla la hermosa tumba de mármol del fundador; el cardenal aparece allí tendido; pero incorporándose y sostenido por la religión.

Teatro del Odeon. Este edificio se edificó en 1779 á 1782 por Peyne y Wailly, para la comedia francesa; su plan tiene la figura de un rectángulo, cuyos dos grandes lados se dirigen con corta diferencia del Mediodía al Norte; en la parte que mira á este último punto, existe un pórtico de orden dórico moderno, compuesto de ocho columnas; en los otros tres lados se ven arcadas debajo de las cuales se presenta una galería; encima de cada arcada hay una claraboya, y un magnífico techo cubre todo el edificio. Este teatro no tiene nada en la parte exterior que sea digno de atención.

Cuando se llega al vestíbulo se ve á derecha y á izquierda una magnífica escalera que conduce al salón de descanso; este último, lo mismo que la escultura, producen muy buen efecto.

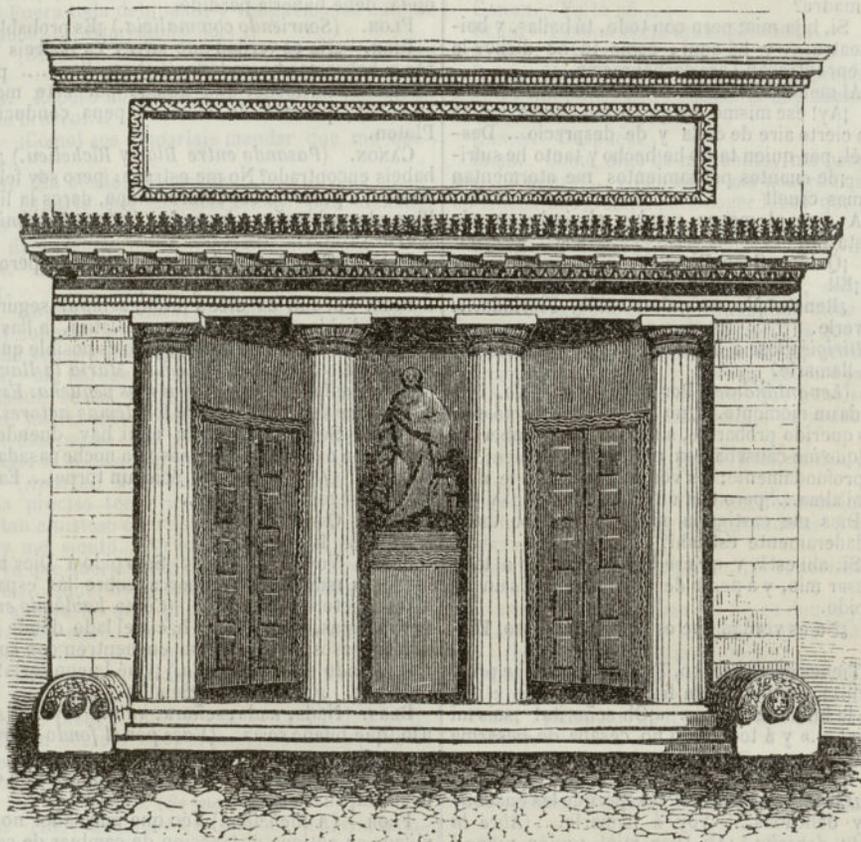
El interior de la sala de espectáculo, que es muy vasta, está ricamente dorado y barnizado; las columnas, ó mejor dicho los pilares que sostienen las diversas hileras de los palcos y de las galerías, no son ni griegas, ni góticas, ni moriscas.

El telon de boca, pintado por Daguerre, representa un peñon, una fuente, etc., y es de una gran belleza.

Habiendo sido el Odeon presa de las llamas por dos veces, en 1799 y en 1818, se emplearon en su última construcción todos los medios mas eficaces para detener semejante desastre si se reproducía.

LOS ALPES Y LOS ROMANOS.

Los escritores de la antigua Roma no nos han dejado ninguna descripción de las nieves eternas que coronan los Alpes, y se calorean de un reflejo rojo á la salida y puesta del sol. Parecen que no les ha herido la imaginación el espectáculo de los hielos ni la naturaleza imponente del paisaje suizo. Sin embargo la Helvecia era continuamente transitada por hombres de estado ó gefes de ejército que pasaban á las Galias y llevaban literatos en su compañía. Todos estos viaje-



Pórtico de la escuela práctica de la facultad de Medicina.

está la biblioteca, compuesta en lo general de libros de medicina, y la que se abre al público tres dias cada semana.

Al lado de la puerta de la biblioteca están las de los salones de anatomía; es una de las colecciones mas interesantes que se conocen en Europa. Los diversos órganos del cuerpo humano, tanto exteriores como interiores, están allí representados en cera con una verdad admirable. Todo cuanto pudiéramos decir acerca de lo que encierran estas galerías anatómicas, sea en curiosidades reales, no podría nunca dar una idea tan ventajosa, como una simple ojeada. Antes de salir de allí el lector puede detenerse un momento delante de la figura del famoso *Bébé*, enano del rey de Polonia; allí está con la misma ropa que usó durante su vida.

Luego que se ha bajado al patio, se vé á la izquierda del gran pórtico un corredor tortuoso que conduce al anfiteatro; se entra á él por muchas puertas, tiene la figura de un semicírculo y se compone de una infinidad de hileras de gradas sobre las cuales pueden sentarse cerca de 1.200 oyentes; la cátedra del profesor ocupa el centro del semicírculo, y una grande claraboya, situada en el centro de la bóveda, alumbrá todo el interior de este recinto.

El edificio de la escuela de medicina, tiene grandes bellezas, y no deja de ser uno de los mas interesantes de la arquitectura francesa, tiene tambien muchos defectos.

Museo Dupuytren. Está situado en la plaza de la escuela de Medicina. Comprado por los herederos de la universidad de Paris, contiene una colección destinada á la escuela de anatomía patológica. Tiene trozos de osteología, piezas inyectadas é imitaciones en cera de diversas enfermedades quirúrgicas, y especialmente de enfermedades de la piel, etc., etc.

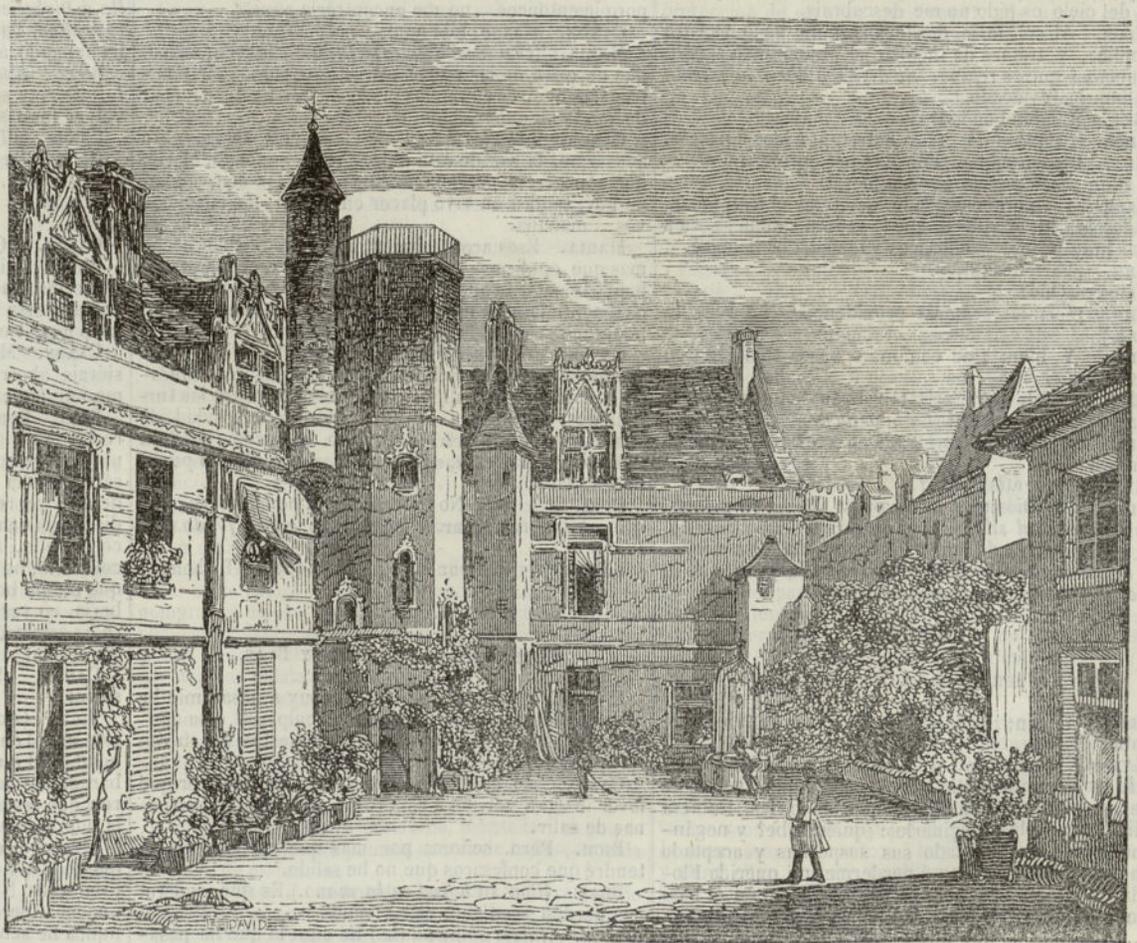
Palacio de las Termas. Está situado en la calle de la Harpe. Las ruinas que llaman Termas de Juliano son probablemente los vestigios del palacio que las autoridades romanas habitaban cuando residian en Paris.

Sus ruinas, que forman el asunto de este artículo, no son notables por otra cosa mas que por su solidez y su antigüedad. La pieza principal es un salón cuadrado y abovedado. Hace poco tiempo que este salón servia de almacén á un tonelero.

Hay razones para creer que el antiguo acueducto

asegura que en esta plaza se hallaba el campo de la guarnición romana.

La Sorbona. El cardenal de Richelieu, cuya ambición era insaciable, despues de haber edificado el Palacio Real para él, mandó construir la iglesia y los bastimentos de Sorbona, menos indudablemente por afec-



Palacio de las Termas.

to á los doctores de aquella facultad, que por hacer su nombre respetable á la posteridad.

Los bastimentos de la Sorbona tienen el carácter que convenia á su destino; esto es, el de una especie de convento. Fueron construidos en 1629, y en el dia

ros, no hacen mas que quejarse del mal estado de los caminos, sin ocuparse de las escenas sublimes que se presentaban á sus ojos. Se sabe que Julio César cuando regresó á las Galias con sus legiones compuso durante su tránsito por los Alpes, un tratado de gramáti-

ca (de analogía). Silio Itálico, que murió bajo el imperio de Trajano en una época en que ya la Suiza se hallaba en un estado de cultura floreciente, representa la región de los Alpes como un horrible desierto desprovisto de vegetación, al paso que celebra con regocijo los pasajes de Italia y las umbrosas riberas del Liris (Cirigliano). No es menos sorprendente que el maravilloso aspecto de las rocas de basalto, que se hallan en las márgenes del Rhin y en Lombardia, no hayan empeñado á los romanos á describirlas, ó al menos á mencionárlas.

LA VEJEZ DE RICHELIEU.

Drama en cinco actos

POR LOS SEÑORES OCTAVIO FEUILLET Y PABLO BOCAGE.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR DON LUIS MIQUEL Y ROCA.

ACTO TERCERO.

En el fondo un locutorio.—Tres puertas de cristales que dan al jardín.—Puertas á derecha é izquierda en los ángulos.—A la izquierda una chimenea con un reloj y candelabros.—En el escenario á la izquierda una mesa y una poltrona. Sobre la mesa algunos libros, papeles, plumas, tintero y un candelabro con bugias encendidas.—Noche en el fondo.

ESCENA I.

RENATO Y FLORINDA.

REN. (Asomando con precaución la cabeza por la puerta de la izquierda.) Tanto peor, yo entro.

FLOR. (Entrando por la derecha sin conocer á Renato.) ¿Quién está aquí? (dirigiéndose á Renato.) ¡Ah! ¿sois vos? marchaos al momento: ¿por qué no os habeis ido con vuestros compañeros?

REN. Tal era mi intención, señorita: pero este jardín es un verdadero laberinto, y como estaba tan oscuro, he tenido la desgracia de perderme buscando la salida. Esta es la pura verdad, señorita.

FLOR. Pues no lo creo; pero decidme; ya que estamos solos, ¿tantos deseos tenéis de ver á la señora canonesa?

REN. Un deseo terrible, señorita, y la veré, á pesar suyo, á pesar vuestro, á pesar de todos los jardineros. No puedo vivir por mas tiempo en esta duda: en nombre del cielo os pido no me descubrais.

FLOR. Al contrario, desde ahora me hago vuestro cómplice, y trataré de inclinar el ánimo de la señora canonesa á que os reciba. (Se dirige á abrir la puerta del ángulo izquierdo.)

REN. ¡Cuánta bondad!

FLOR. (Abriéndola.) Pero entretanto idos á pasear.

REN. Dispensadme, señorita; pero preferiría esperar aquí; ¡hace un frío por ahí fuera!

FLOR. Vaya un enamorado, que teme el frío. (acercándosele.) Id, caballero, que la señora canonesa va á llegar muy pronto, y entonces yo misma os llamaré.

REN. ¡Ah señorita!...

FLOR. ¿Qué?

REN. ¡Sois mi segunda providencia! (La besa la mano.)

FLOR. Y bien; ¿me confundís acaso también con María?

REN. No tal; ¡pero sois tan buena!... (la besa la mano). ¡Y tan hermosa! (La besa de nuevo.)

FLOR. (Empujándole.) ¿Qué es esto? ¡vaya! pronto al fresco.

REN. ¿No sentís el frío?

FLOR. ¡Ay Dios mío! ¡vaya pues! (Toma su pelliza, que dejó sobre el sillón.) Tomad mi pelliza, señorito. (Le empuja fuera de la puerta izquierda, y la cierra. En aquel momento abre la canonesa la puerta de la derecha.) ¡Justo, el tiempo preciso!

ESCENA II.

FLORINDA Y LA CANONESA.

FLOR. Y bien; ¿estás ya mas tranquila de tan brusco ataque?

CANON. (Sentándose á la derecha, quedando Florinda en pie junto á ella.) Sí, Florinda mía, acabo de rezar, y ahora siento no haber querido oírles. Hubiera podido engañarles, alucinarles; ¿quién sabe? y negándome á todo he justificado sus sospechas y aceptado todas sus calumnias. Van á perderme, mi querida Florinda, á deshonrarme tal vez. Me han visto en el baile de máscaras... y después te han visto aquí conmigo... Dios sabe lo que dirán mañana... Dirán, acaso, que la señora canonesa de Reully, la confidenta de la princesa Luisa, es la amiga íntima de una bailarina del teatro de la ópera, porque ignoran el lazo sagrado que nos une... ¿No lo he olvidado yo misma, cuando loca y fuera de mí abandoné la Italia, dejándote encerrada en un convento, para venir á Francia á salvar á Renato?... Por indigna que sea, no olvidaré nunca las últimas palabras de nuestro pobre padre; ¡oh! no creas que las olvide nunca... El día que naciste, querida mía, ya

era yo grande... «Antonia, me dijo, temo no vivir bastante para llenar cumplidamente mis deberes con tu hermana... pero tú me reemplazas... tú serás su consejera... su amiga... su madre...»

FLOR. ¿Y no amo y respeto yo á la señora canonesa como una madre?

CANON. Sí, hija mía; pero con todo, tú bailas, y bailas en el teatro... y hé aquí, como te he dicho, la causa que encontrarán para deshonrarme.

FLOR. Al menos uno de los tres te respetaré.

CANON. ¡Ay! ese mismo de quien me hablas, me ha mirado con cierto aire de duda y de desprecio... Despreciarme él, por quien tanto he hecho y tanto he sufrido... ¡Oh! ¡de cuantos pensamientos me atormentan este es el mas cruel!

FLOR. A ese, al menos, puedes aliviarte cuando quieras está ahí.

CANON. ¡Quién! ¡Gran Dios!

FLOR. ¡El!

CANON. ¿Renato? No, no quiero verle, Florinda... no puedo verle.

FLOR. (Dirigiéndose á la puerta izquierda.) En ese caso voy á llamarle.

CANON. (Levantándose.) Por favor te lo pido, hija mía, aguarda un momento... ¿no es verdad que no está ahí? tú has querido probarme, sin duda, para saber la impresión que me causaba esa noticia... Y bien; me ha herido profundamente; es verdad, le amo; le amo con toda mi alma... pero con un amor tan santo y tan puro, que Dios me castigaria si no lo sintiese así... ¿Pero verdaderamente está ahí?

FLOR. Sí, ahí está, y quiere hablar contigo á toda costa, á pesar mio, y á pesar de tu jardinero. Es un joven intrepido.

CANON. ¿No es verdad que es muy buen mozo, Florinda?

FLOR. Tienes mucha razón. Figúrate que le he prestado mi pelliza, porque es tan friolero que teme el resaca... Si le hubieras oído... «¡Oh señorita! ¡sois mi providencia!...» y á todo esto no cesaba de besarme las manos.

CANON. ¡Te besaba las manos!... ¿Y por qué?

FLOR. ¿Lo sé yo acaso? Tal vez porque las encuentra finas y delicadas... Voy á llamarle... (Abre la puerta de la derecha.) ¡Ah Dios mío! ¿quién viene á interrumpirnos en este momento tan interesante?

CANON. (Viendo entrar á María.) ¡María!

ESCENA III.

FLORINDA, LA CANONESA Y MARÍA.

CANON. ¿Sois vos, hija mía? os creía dormida hace mucho tiempo. Me parece han dado ya las nueve.

MARÍA. (Confusa.) ¡Las nueve! todavía no, señora, porque entonces... no me encontraría aquí.

CANON. ¿Cómo, hija mía!

MARÍA. (Con sencillez afectada.) ¡Ignoro, acaso, que después de las nueve os retiráis para orar y entregaros á otros ejercicios piadosos que no deboturbar de modo alguno?

CANON. (A Florinda.) Mi conciencia toma, para acusarme, la voz de esta niña. (Alto.) Supongo, María, que conoceréis perfectamente parte de las ocurrencias de hoy; tendré un vivo placer en hablar de ellas con vos... mañana.

MARÍA. Esos acontecimientos, señora, no han hecho mas que confirmar vuestras lecciones y consejos. Me habeis enseñado que en este mundo se encuentra mas fácilmente la perfidia que la lealtad, y sin salir de aquí, he tenido ocasión de probarlo.

CANON. (Con severidad.) Nunca he oído tanta discreción en vuestro lenguaje... pero estareis cansada, sin duda, y la palidez del semblante excusa las turbaciones de vuestro espíritu... teneis necesidad de descanso... id, María, y mañana hablaremos. (Besa á María en la frente, mientras Florinda abre la puerta del fondo.)

RICH. (Dentro.) No entraré, buen hombre: os digo que no quiero entrar. (Se presenta en el fondo con Blas.)

LAS TRES. (En voz baja.) ¡El duque de Richelieu!

ESCENA IV.

LAS MISMAS, RICHELIEU Y BLAS.

RICH. Perdonadme, señora, si muy á pesar mio he contravenido á vuestras órdenes: culpado á este muchacho que con tanto talento como muestra en su cara, no hace mas que tonterías.

CANON. No acierto á adivinar, monseñor, por qué favor insigne volvéis á esta casa, cuando acabais apenas de salir.

RICH. Pero, señora; por mas que me desespero, tendré que confesaros que no he salido.

BLAS. (Con su horca en la mano.) Es que, señora, con perdon sea dicho, este viejo...

RICH. (Interrumpiéndole.) Hé aquí lo que ha pasado, señora... vuestro jardinero tiene la laudable costumbre de dar dos vueltas á la llave de la puerta... esto es muy bien hecho, sin duda, pero entonces no debe perderse la llave.

CANON. ¿La habeis perdido, Blas?

BLAS. El diablo me lleve si comprendo nada.

RICH. Y sin embargo, señora, ya le he explicado yo como puede haber sido.

CANON. ¿Con qué lo sabeis vos?

RICH. Tengo el disgusto de suponer que alguna culpa habré tenido yo... y vais á ver cómo... Tenía la llave metida en el bolsillo de su chaqueta... y siguiéndole en la oscuridad he dejado caer, por descuido, algunas monedas que ha querido recoger, y entonces, sin duda, debe haberla perdido.

FLOR. (Sonriendo con malicia.) ¡Es probable!

RICH. ¿No es verdad que sí?... Ya podreis figuraros si habremos bu-cado la dichosa llave... pero en vano... de tal modo, que guiado por este mozo con su horca, parezco un alma en pena conducida por Pluton.

CANON. (Pasando entre Blas y Richelieu.) ¿Y nada habeis encontrado? No me extraña; pero soy feliz, pudiendo, á pesar de ese contratiempo, daros la libertad. Blas, abre al señor, la puerta falsa. (Movimiento de María.)

BLAS. ¡Toma! ya lo habia yo pensado, pero parece que el diablo ha metido aquí la pata.

RICH. Segun os dice Pluton, señora, seguramente anda el diablo por aquí. En una palabra, la llave de la puerta falsa ha desaparecido, y no es posible que nadie nos de noticias de ella. (Enseña á María la llave grande, y aquella le deja ver otra mas pequeña. Este juego debe pasar desapercibido de los demas actores.)

BLAS. Seguro, mi ama; aquí hay duendes... y por eso he oído ruido de pasos esta noche pasada que...

CANON. (Con viveza.) Sois un torpe... Ea, marchaos y seguid buscando...

BLAS. Os aseguro...

CANON. Idos.

BLAS. Voy, señora, voy. Solo pido á Dios me deje tender lo mano, digo, mi horca, sobre las espaldas de los conductores de la silla. (Como hablando entre sí.) Pero además, si se dirigen hácia el lado donde he sentido los pasos, puede que se encuentren con su negocio. (Dando una carcajada.) ¡Qué bueno seria!

CANON. ¿Qué estais diciendo?

BLAS. Nada, nada, señora, ya me voy... (Aparte.) ¡Oh, que bueno seria... (Vase por el fondo cerrando la puerta.)

CANON. Dejados, María; Florinda, hazme el favor de acompañarla.

FLOR. (A Richelieu.) Veo que monseñor no ha olvidado su antigua distracción de cambiar de capas en el Puente nuevo.

RICH. Veo que sabeis perfectamente la historia de Francia, hermosa. (Vase Florinda con María, por la derecha.)

ESCENA V.

LA CANONESA Y RICHELIEU.

CANON. (Se sienta junto á la mesa é indica una silla á Richelieu que la toma del fondo, y se sienta junto á ella.) Todavía ignoro, monseñor, qué motivo os ha obligado á hacerme una visita esta mañana.

RICH. (Aparte.) No hay duda; es la misma voz. (Alto.) Es muy sencillo, señora; tengo costumbre de devolver las visitas que se me hacen.

CANON. (Turbada.) No os comprendo, monseñor.

RICH. Perdonad... (Aparte.) Tiene miedo... avanzemos. (Alto.) Hace ya dos años, señora, que tengo el honor de ser vuestro humilde servidor y vuestro juguete.

CANON. ¿Qué queréis decir con eso, monseñor?

RICH. Quiero decir, señora, que mi corresponsal misterioso hace ya dos años, la encubierta que me ha visitado está mañana, y la señora canonesa de Reully me parece tienen entre sí un parentesco muy íntimo.

CANON. Muy generoso seriais, monseñor, si quisierais ahorrarme los sufrimientos que debe causarme nuestra entrevista.

RICH. Pensad, señora, que me habeis dado el derecho de dirigiros mis reproches... porque imponer á un hombre como yo un castigo cruel; poner bajo mi salvaguardia vuestros amores; hacerme casi su confidente y representar el papel de dueño en esta comedia, seria una conducta digna (de hacerme prorumpir contra ella, las mas sentidas quejas... Pero muy al contrario, no me quejo... y os declararé francamente, que me ha herido profundamente el corazón... No debería, en verdad, pensar mas que en mi venganza; pero os confieso ahora que solo me atrevo á implorar vuestra gracia.

CANON. ¡Señor de Richelieu! (Aparte.) ¡Cuánto sufrí!

RICH. (Aparte.) ¡Es singular! ¡me parece conocer este metal de voz! (Alto.) ¿Cómo señora! ¿es acaso mi nombre el que os hiera? No debéis ignorar, sin embargo, que no somos mas que lo que las mugeres quieren que seamos... Cuando el duque de Richelieu tiene la honra de encontrar una muger digna de tener con él serias relaciones y una amistad sincera es lo mismo que todos, y aun tal vez mas que otro, capaz de comprenderos. No os diré ciertamente que no haya amado nunca... pero á decir verdad, os podré asegurar que nunca he sentido el fuego intenso de una pasión verdadera.

CANON. (Levantándose y quedándose junto á la mesa.) ¡Dios mío, Dios mío! por piedad al menos por aquellas á quienes habeis engañado deberiais callar semejante verdad.

RICH. (Aparte, y levantándose aterrado.) ¡Por vida mía! esta muger es una de mis antiguas faltas... ¡caí en el garlito!... si me reconoce soy perdido. (Alto.) Señora, en el momento en que he tenido la desgracia

de ofenderos y de afligiros, mi deber está marcado; y soy bastante caballero para comprenderle, por riguroso que sea. (*Aparte.*) Ganemos tiempo. (*Se dirige hacia la puerta del fondo y la abre.*)

CANON. (*Aparte, mientras Richelieu remonta la escena.*) Fuera toda debilidad, y venguémosnos aunque sea un poco.... (*Alto.*) Monseñor....

RICH. (*Desde el fondo disponiéndose a salir.*) ¡Señor!

CANON. Espero no queréis separaros de mí de un modo tan brusco....

RICH. ¡Cómo! ¿os dignaríais mandar que me quedase?

CANON. En efecto, monseñor.

RICH. (*Aparte con desesperación.*) ¡Me detiene! (*Dan las nueve en el reloj de sobre mesa.*) ¡Las nueve! ¡la hora fijada por la jóven!... ¡doble catástrofe!

CANON. Si no he oído mal, me hablábais, hace poco, de amor.

RICH. En efecto, señora, he cometido esa imprudencia, y conozco que la huida solamente puede librarme de vuestra justa indignación.

CANON. Me parece no sois vos quien debe fijar el límite donde cesen vuestras faltas.... yo sola puedo juzgarlas, y sería muy poco galante por vuestra parte el querer usurparme ese privilegio. (*Aparece María en el fondo, se detiene un momento y desaparece.*)

RICH. (*Aparte.*) María (*alto.*) En verdad, señora, que sería preciso tener un alma de bronce para no ceder á tan amistoso convite. Me quedo, pues lo queréis.... y me siento. (*Se sienta.*) no me muevo de aquí.... ya que queréis que continúe atreviéndome.... continué.... ¿queréis que aumente mis faltas?... voy, pues, á agravarlas desesperadamente.

CANON. El miedo os salva.... compongamos una novela, monseñor; ¿lo queréis así?

RICH. ¿No debo yo acaso querer todo lo que vos queráis? (*Se levanta.*)

CANON. Y bien, monseñor; si la casualidad os ha entregado un secreto mio, prometedme el guardarlo fielmente en vuestro pecho. Volvedme la tranquilidad y el honor de mi vida.

RICH. Os lo prometo. (*Se marcha.*)

CANON. (*Deteniéndose.*) Una palabra todavía, monseñor.... ¿Podré esperar que á ese jóven ó á ese niño, no le parará perjuicio alguno de nuestra entrevista?

RICH. Ese jóven, que no es tan niño como os parece será esta noche coronel.... ¡Si yo pudiese nombrarle mariscal de Francia!

CANON. ¿Lo haríais para poder salir de aquí?

RICH. No, sino para poner su rango al nivel de su felicidad.

ESCENA VI.

CANONESA, RICHELIEU, Y FLORINDA.

FLOR. (*Entrando por la derecha.*) ¡Ah! perdonad, señor duque, es que....

RICH. ¡Cómo, señorita! tenéis que hablar con esta señora y estoy de mas.... Lo siento mucho, sin duda... pero me retiro.... No, no.... me retiro, señora.... podéis contar conmigo.... Señorita.... (*A Florinda.*) Gracias, hija mía.... ¡Uf! ¡no he escapado de mala!... (*Sale apresuradamente por el fondo.*)

ESCENA VII.

LA CANONESA Y FLORINDA.

FLOR. (*Pensativa.*) ¿Qué hay? me parece que tenía mucha prisa....

CANON. En efecto; tenía mucha prisa de salir de aquí.... me parece que me ha reconocido.... se ha burlado de mí... me ha humillado.... pero poco importa; me guardará el secreto.... me ha dado su palabra y la cumplirá.... ¡he salvado mi honor!

FLOR. (*Tomándole la mano con tristeza.*) ¡Pobre Antonia mial!

CANON. ¿Qué es eso? ¡tu mano tiembla!...

FLOR. ¿Has olvidado al mas peligroso de los tres?

CANON. ¿Quién? ¿Mr. de Fronsac?

FLOR. Al volver del cuarto de María, le he encontrado en el jardín... ya le conoces.... es la caricatura grosera y brutal de su padre.... un calavera de la peor especie.... sin corazón.... sin generosidad.... Está furioso con la afrenta que le has hecho la última noche; y si te niegas á acompañarle esta noche al baile.... ya sabe quién eres.... y está decidido á perderte.

CANON. ¡Oh Dios mio!

FLOR. Si; á perderte cobardemente; y nada se lo impedirá.... nada... ¡Ah! ¡si yo fuese hombre!... Mira Antonia; tentada estoy de decirselo todo á Renato.

CANON. Guárdate bien de ello; prefiero el deshonora.

FLOR. Pero el miserable va á llegar amenazando é insultando, y... (*Oyese una carcajada.*) ¿Quién está ahí?

ESCENA VIII.

LA CANONESA, BLAS Y FLORINDA.

FLOR. (*A Blas que entra riéndose.*) ¿Qué hay, Blas?

BLAS. Le atrapé, señorita; por vida mia, le atrapé.

FLOR. ¿A quién?

BLAS. A uno de los mozos de la silla; al mas viejo, pues el otro es todavía un chiquitín.

FLOR. ¡Justo Dios! ¿le ha sucedido algo?

BLAS. Decid mas bien que no ha quedado en dis-

posicion de salir... y vengo á saber si queréis que le saque.

CANON. Pero explicate.

BLAS. Pues bien, señora; es preciso que os diga que esta noche pasada he oído ruido como de pasos....

CANON. Ya lo sé ..

BLAS. Y como creía eran ladrones...

FLOR. Y bien....

BLAS. He dicho para mi capote: es preciso que esto acabe y que sepamos lo que es: si hay duendes ó es un hombre como vos y yo....

CANON. Después....

BLAS. Como digo de mi cuento, me pongo á pensar... á pensar... y pensando me acuerdo que tenía en un rincón una trampa para coger lobos que podía serme muy del caso...

FLOR. (*Riéndose.*) ¡Y ha caído en la red!... ¿sería posible?

BLAS. (*Con gravedad.*) Escuchad, señorita; creo que será una pura casualidad, aunque otros dirían era una brujería, y ¿qué se yo?... lo cierto es que le atrapé... Al salir de aquí oí el resorte que hacia, crac... aprieto el paso, como mi horca, y como mi hombre pedía socorro, le he dado tal tunda de palos que tiene seguramente para todo el invierno... ¡Cuándo yo os decía que tendría que ver!

FLOR. ¡Bravo! ¡viva Blas! (*Este pasa á la izquierda de Florinda.*)

CANON. ¡Gran Dios! ¡Esto es demasiado! me asusta, Florinda, el que se haya tratado así á un hombre de esa clase.

FLOR. Aun me parece poco. ¡Si conociérais al caballero de Fronsac!...

CANON. Sea lo que sea: al fin es duque y par.

BLAS. ¡Un duque y un par!... ¡San Blas me asista!... ¡he dado de palos á un duque!...

FLOR. Te repito que aun me parece poco.

CANON. Y bien, corre, Blas, traelo.

FLOR. ¡Silencio! aquí viene: Mr. Chateau le habrá libertado.

ESCENA IX.

LA CANONESA, FRONSAC, CHATEAU, FLORINDA Y BLAS.

(*Fronsac se adelanta como dudando. Blas confuso se retira á un lado de la escena. Ambas mugeres se mantienen serias al principio, pero pronto suelta Florinda la carcajada. La Canonesa oculta la risa con su pañuelo y Fronsac atónito al principio se decide á reír tambien.*)

FLOR. (*Riéndose.*) ¡Ah, ah, ah!

FRON. ¡Ah, ah!... reid tambien con mil demonios, señor Chateau, ú os paso de parte á parte con mi espada.

CHAT. Me rio con toda mi alma, señor duque.

FRON. (*Riéndose.*) Es muy divertido el caso. (*A la Canonesa.*) Señora... (*Blas suelta la carcajada.*) ¡Hola! ¿estás ahí, tunante? parece que aquí todo el mundo sabe mi aventura.

FLOR. No, monseñor; contádnosla. (*Se rie.*)

CHAT. ¡Ah! ¡ah! si esta señorita hubiera caído en la trampa en vuestra compañía, hubiera sido la segunda edición de las redes de Vulcano.

FRON. Sois un necio, Mr. Chateau... acércate, hombre de horca y cuchillo. (*A Blas.*)

CHAT. Acércate, acércate, bribon. ¿Queréis mi baston, monseñor?

FRON. Ya os he dicho que sois muy necio. (*A Blas que se interpone entre Fronsac y Chateau.*) ¿Cuánto ganas al año en casa de tu ama?

BLAS. Treinta luises, monseñor.

FRON. ¿Treinta luises no mas? yo te doy el doble si quieres pasar á mi servicio.

BLAS. ¿Y qué haría?

FRON. ¡Pardiez! sacudir el polvo á mis vestidos.... Os aseguro, señores, que el tunante desempeña bien el oficio. (*Le arroja un bolsillo.*) Hay va tu salario: déjanos.

BLAS. (*Recogiéndolo.*) Qué buen carácter tiene; no se ha enfadado. (*Vase.*)

FRON. Ahora, señores, os confieso que quisiera á toda costa comprar vuestro silencio, como acabo de comprar el de ese vergante; pero sea dicho sin ironía como sin galantería, no conozco en el mundo nada que pueda comprar el silencio de una muger, y mucho menos algunas palabras de perdón.

FLOR. En cuanto á mí....

FRON. En cuanto á vos, señorita, no ignoro que perdiendo el silencio ó pido un imposible; pero como soy hombre á guardarlo por vos, espero queréis tambien hacerlo por mí.... Ahora espero una palabra de la señora canonesa.

CANON. Antes de responderos, monseñor, es preciso que yo sepa lo que pensáis acerca de la desconocida del baile de máscaras.

FRON. Hacé un momento, señora, hubiera jurado que érais vos; pero ahora estoy dispuesto á sostener espada en mano, que no hay relacion alguna, excepto en la belleza, entre la señora canonesa de Reully, y el dominó que he tenido la desgracia de ofender.

CANON. En ese caso, señor duque, declaro que no habia mas que una engañosa semejanza entre el duque de Fronsac y el desconocido que....

FRON. Basta por piedada.... Con que silencio por silencio; discreción y respeto, y por mi parte olvido y perdón. Hé aqui mi tratado.

CANON. Aceptado, monseñor. (*Le alarga la mano.*)

FLOR. Aceptado.

FRON. (*Besando la mano de la Canonesa.*) ¡Ah señorita! en verdad que me haceis olvidar con mucho agradecimiento mio; (*Aparte.*) Yo me vengaré.... (*Saluda.*) Señoras.... ¿Venís, Chateau?... señoras, soy vuestra mas humilde y respetuoso servidor. (*Vase.*)

FLOR. ¿Y bien, señor, Chateau, dejais ir al hijo del héroe, solo como un cualquiera?

CHAT. No, señorita; pero escuchad una palabra.... una sola.

FLOR. Cuatro si lo queréis.

CHAT. Pues bien; si ois algun fuerte suspiro, tened la bondad de pensar que Chateau no se halla lejos.... (*Aparte.*) Ojala me haya comprendido. (*Vase saludando.*)

ESCENA X.

LA CANONESA Y FLORINDA; despues RENATO.

CANON. Me salvé, querida Florinda.

FLOR. En efecto; el honor te responde del mariscal, y el interés de su hijo. Ahora ya podemos pensar en nuestro pobre oficial que se hiela de frío.

CANON. ¡Dios mio! ¡y cómo tiemblo! ¿Estarás á mi lado, Florinda?

FLOR. Si, si. (*Abre la puerta de la izquierda.*) Venid, caballero, venid, yo voy á leer. (*Toma un libro de sobre la mesa.*) ¿Qué es esto? ¿sobre los casos de conciencia?... voy á buscar el mio.... Entrad. (*Aparece Renato.*) Ante todo devolvedme mi pelliza. (*Le hace pasar delante de ella.*) Y ahora decid á la señora canonesa todo cuanto queráis.

CANON. Hablad, caballero; hablad sin temor delante de mi hermana.

REN. (*Saludando con timidez.*) Perdonadme, señora; pero la emocion.... el respeto.... vuestra belleza que no habia visto hasta ahora.... y esta severa acogida....

CANON. ¿Y no es muy justa tras el escándalo con que os habeis introducido en mi casa? ¿Qué acogida queréis que se haga á un hombre que no sabe guardar su palabra ni respetar á una muger?

REN. Os doy gracias, señora.... Al echarme en cara mi falta tan duramente como lo haceis, me habeis devuelto el vigor y la fuerza para contestaros.... Antes de salir de esta casa y tal vez para no volvernos á ver.... he querido deciros que no ignoro lo mucho que os debo. Hace mas de un año que me estais engañando bajo el pretexto de un interés que no habiais sentido nunca por mí.... ahora ya sé que habeis querido burlarme.

FLOR. ¡Mala cabeza!

CANON. ¿Qué me he burlado de vos, Renato?... ¿es acaso cuando os saqué del triste aislamiento en que viviais en Orleans? ¿es acaso cuando os puse bajo la proteccion de un gran personage? ¿Es acaso cuando educaba á mi lado, y como si fuera mi propia hija, á la que amabais?

REN. Si, ¡já la que amaba y cuyo retiro me ocultábais con tanto cuidado! la misma á quien reteniais tan severamente dentro de estas paredes dejándola ignorar hasta mi existencia!... ¡Oh, no puedo comprender que fin os llevabais, ni que placer teniais en prolongar indefinidamente tan extraño misterio.... pero ahora que he abierto los ojos, os debo decir que á esas muestras de deferencia y de cariño no puedo responder sino con mi indiferencia ó con mi odio....

CANON. (*Conmovida.*) ¿Vuestro odio!

FLOR. (*Aparte.*) ¡Qué crueles son estos jóvenes!

CANON. (*Levantándose y yendo junto á Renato.*) ¿Es verdad eso, Renato?... ¿sería posible? ¿estais seguro que me odiais?

REN. ¡Señora!... y bien.... no, no.... demasiado lo veis.... lo conozco en mi desesperación! es un vértigo que no tiene nombre.... tal vez un crimen.... Amo á María; pero tambien siento al mismo tiempo por vos, un afecto invencible.

CANON. ¡Caballero! (*Con dignidad.*)

FLOR. (*Aparte.*) Esto se va embrollando; ¡bravo!...

REN. Será una locura, lo conozco; y sin embargo, siento en el fondo de mi alma que no ofendo á ninguna de las dos.... ¿Qué puedo deciros mas, señora? Ese lugar que ocupan en el corazón de los demas hombres los sentimientos de la niñez, que no he conocido nunca.... la ternura.... el respeto, y el dulce cariño de la familia.... los ha desconocido mi alma hasta que os vi.... Os amo.... pero os ofenderia si os lo dijese.

CANON. Decid, decid....

REN. Pues bien; si yo hubiera conocido una madre.... no como la que me ha abandonado.... sino una madre cariñosa.... respetable.... la hubiera amado con el mismo santo amor que me inspirais.... y puesto de rodillas la hubiera dicho: «No tengais celos, madre mia.... amo á María, es verdad; pero aquí.... (*Poniendo la mano sobre el corazón.*) hay bastante sitio para vos y para ella.... y vos tambien amad á vuestros dos hijos.»

CANON. (*Conmovida.*) ¿Y sabeis lo que esta madre os hubiera respondido, Renato?

REN. ¡Oh! ella, estoy seguro, me hubiera dicho, tendiéndome los brazos: ¡amála y sed felices.

CANON. Pues bien... pues bien... ¡amála y sobre todo á mí. (*Le abre los brazos.*)

REN. (*Abrazándola.*) ¡Señora... madre mia!...

CANON. ¡Renato!... hijo mio....

Critos fuera. Señora... señora ..

FLOR. (*Levantándose.*) ¡Es la voz de Luisa!

CANON. ¡Dios mio! ¿qué será esto?

ESCENA XI.

LOS MISMOS Y LUISA.

LUISA. (Entrando.) ¡Ah señora, qué desgracia!... la señorita María...
 REN. ¡María!
 CANON. ¡María! ¿y qué? habla...
 LUISA. Ha sido robada por ese señor que vino en vuestra ausencia...
 REN. ¡Por el duque de Richelieu! ¡ah!... ¡la he perdido!
 CANON. ¡Pérdida! ¡y por él!... ¡Oh Dios mío!... ¡no me habeis perdonado todavía! (Cae sobre una silla y todos la rodean.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ISABEL LA CATOLICA.

Hija de doña Isabel de Portugal y de don Juan II, nació en Madrigal el día 22 de abril de 1434. Criada y educada en Arévalo al lado de su madre, ya viuda, pasó su infancia retirada del bullicioso y adulador contagio de la corte. Fué su educación tan completa como esmerada, y alimentado su corazón con profundos sentimientos religiosos.

Tenia doce años, cuando su hermano Enrique IV, rey de Castilla y de Leon, la llevó á su palacio para continuar perfeccionando su instrucción. Poseía Isabel las mas brillantes dotes; una comprensión admirable; una amabilidad encantadora; un carácter verdaderamente varonil; admirando y apreciando todos su mérito y sus virtudes. Por esto fijaron en ella su atención los castellanos, y aunque habian jurado como heredera del trono á la princesa Juana, apellidada *la Beltraneja*, querian mas á Isabel y á su hermano Alfonso.

Trató Enrique de casar á Isabel con el príncipe de Viana; pero la muerte de éste le hizo poner los ojos en el rey de Portugal, cuyo enlace quedó sin efecto. Persistía Enrique, y se disponía á casarla con el maestro de Calatrava; pero manifestó Isabel su resentimiento, porque no gustaba de un hombre que no correspondía á su categoría y circunstancias, y cuyo carácter distaba mucho del suyo. La muerte del maestro destruyó los planes del rey.

En las disensiones de los partidos políticos, se inclinó Isabel al de su hermano Alfonso; muerto éste, proclamaron á la infanta los señores de la liga, y en la ciudad de Avila la ofrecieron la corona, asegurándola que todas las villas y ciudades que habian proclamado rey al difunto Alfonso, la reconocian por reina y señora. La nobleza y el desinterés de Isabel. Llegaron hasta el punto de rehusar tan lisonjera oferta, mereciendo mas aplauso por lo que renunció que por lo que hubiera conseguido.

—Deseo una larga vida al rey, contestó: mientras que él exista, nunca consentiré en tomar el título de reina. Trabajad con todo vuestro poder para dar la paz al reino, y restablecer la autoridad de mi hermano; hé aquí el fruto glorioso que yo aguardo del cielo y de la bondad que me demostrais.

Tales palabras fueron colmadas de aplausos y de elogios; pareciendo Isabel tanto mas digna de la corona cuanto mas se empeñaba en rehusarla. Sus parciales, hicieron que don Enrique la mandase jurar por heredera de Castilla, verificándose el 19 de setiembre de 1468 en la Venta de los Toros de Guisando.

El rey y la nueva princesa, se fueron á Cadahalso, acompañados de todos los señores que concurrieron á la jura de Isabel. Tenia esta ya diez y siete años, y se volvió á tratar de su casamiento, cuya conveniencia conoció la misma Isabel. Antepuso á sus propios intereses la felicidad de los pueblos; se encomendó á Dios con ayunos, oraciones y limosnas, para que la diese acierto en la eleccion, y aun escribió muchas cartas á religiosos y religiosas con el mismo objeto, consultando á las personas interesadas en el mayor bien del estado.

Insistía la corte en casarla con el rey de Portugal; pero se opuso Isabel diciendo que estaba ya informada por prelados, señores y concejos de que debía casarse con don Fernando príncipe de Aragon y rey de Sicilia; añadiendo que *de ningún modo se podría apartar de lo que habia llegado á conocer como mejor*. Quiso impedir el rey este proyecto; mas dispuso Isabel que viniera secretamente don Fernando á Castilla. Esperábase la princesa en Valladolid, y unidos, se verificó su desposorio el 18 de octubre de 1469, casándose al siguiente dia en el palacio de don Juan de Vivero, donde hoy está la audiencia territorial.

No dejó Isabel de participar á su hermano Enrique los poderosos motivos que la habían determinado á precipitar su enlace: le pedia permiso para presentarse á él con su esposo, ofreciéndole todo género de seguridades, y ser para él una hija obediente, si por tal quería recibirla. La carta y los embajadores que la llevaban fueron recibidos con frialdad y sin obtener contestación terminante. Instaron los nuevos esposos, y Enrique contestó con ambigüedad, si bien con cortesía.

Nuevas contiendas en el reino, espusieron á los príncipes á un grave riesgo, del que les salvó el obispo de Salamanca. Marcharon á Dueñas, y dió allí á luz doña Isabel á su primera hija, á quien puso su nombre.

Poco tiempo despues, levantó el rey tropas en Castilla y reclamó el auxilio de los grandes para obligar á los príncipes á salir de sus estados; pero quedó sin efecto esta medida: se encendió de nuevo la discordia entre los grandes, siendo los pequeños pueblos y aldeas, los infelices labradores y artesanos las victimas que sucumbian en estas civiles luchas.

Formó empeño, Cabrera, gobernador á la sazón de Segovia, en reconciliar á Isabel con el rey, y consiguió que llamara á la princesa á la corte. La esposa de Cabrera, doña Beatriz de Bobadilla, salió de Segovia disfrazada de aldeana. Llegó á Aranda donde se hallaba Isabel, la persuadió á que se presentara á su hermano, y la acompañó é introdujo en el alcázar. Recibióla Enrique afectuosamente, y las reciprocas pruebas de amistad y cariño que se dieron compitieron con la alegría del pueblo á la inesperada llegada de la princesa.

Enfermó luego el rey: volvieron las disensiones, aclamando un partido á doña Juana, y otro á doña Isabel: trataron de sorprender á ésta y á su esposo en el alcázar de Segovia, donde se habia encerrado; pero se retiró á Turégano, é Isabel, dotada de esquisita prudencia y de valor, se obstinó en no salir de una fortaleza donde estaban depositados todos los tesoros de su hermano. Sucede luego la muerte del rey, sin hacer testamento: comiénzase con mas encono la guerra civil, y al dia siguiente del fallecimiento de don Enrique proclamán á doña Isabel en Segovia con la mayor solemnidad. Acudió don Fernando, que se hallaba en Aragon, á auxiliar á su esposa; le mandó Isabel se detuviera en Turégano, y reuniendo en tanto á los señores castellanos, consultó con ellos el modo de ejercer el poder; resintiéndose don Fernando por las mayores atribuciones que á su esposa se concedian; mas ésta le aquietó dulcemente con las protestas de su amor, y con las seguridades de que, solo seria ella reina donde él fuese rey.

Con pomposa ostentacion hizo don Fernando su entrada en Segovia el 2 de enero de 1475, dia que pocos años despues, se hizo el mas memorable para España y para la cristiandad.

Al tomar Isabel las riendas del gobierno, reinaba en todo el pais la mas completa anarquía; sin prestigio el príncipe, era desconocida la justicia; el erario estaba exhausto; la corona sin estados; talados ó incultos los campos, é intrasitables y llenos de salteadores los caminos. Pero Fernando é Isabel, lejos de acobardarse, comenzaron á desplegar toda su política, y á fuerza de prudencia, de constancia y de un valor admirable consiguieron el mas feliz resultado. Solo sintieron no conseguir atraerse y hacer amigos á los partidarios de doña Juana; quien casó con su tío el rey de Portugal, que se proclamó de Castilla y de Leon, á la cabeza de 20,000 hombres, calumniando doña Juana públicamente á Isabel, de haber envenenado á su padre.

Indignados de tal ultraje los castellanos, se apresuraron á las armas y los condujo Isabel á la victoria. Se encargó del gobierno de Toledo y Andalucía: pasó á Tordesillas, dejándola en buen estado de defensa, y acompañada del condestable y de los duques del Infantado y Alba, fué á Toledo á dictar oportunas providencias para asegurar los reinos de Andalucía y Murcia. Corrió á Sevilla: proveyóse de dinero y recursos para la guerra contra el rey de Portugal, que *queria obligarla á que volviera á hacer uso de la rueca*; y cuando los 40,000 hombres que habia levantado don Fernando se encontraban en grave riesgo, le auxilió con un cuerpo de ejército que organizó tan eficazmente como pudiera haberlo hecho el mas hábil general. Reuniéronse entonces cortes en Medina del Campo, y concedieron á Isabel el permiso de tomar la mitad de las alhajas pertenecientes á las iglesias para mantener las tropas. Los laureles de la victoria fueron ceñidos en las sienas de los reyes de Castilla, quedando vencidos los portugueses: conquistó á la ciudad de Toro doña Isabel y sus caballeros; y al retirarse doña Maria Sarmiento muger de don Juan de Ulloa, alcaide del alcázar defendido bizarramente por tan ilustre heroína, la recibió con su acostumbrada bondad, abrazándola como á una amiga y perdonándola con generosidad de vencedora. Así demostraba Isabel de Castilla ser tan terrible para combatir como cariñosa para perdonar.

Crecia y se fortalecia el partido de los jóvenes reyes, y si algunos disturbios perturbaban por un momento la paz del reino, bastaba la sola presencia de Isabel para sosegarlos, sucediendo así en Segovia, Uclés, Trujillo y en la Andalucía, dividida á la sazón en diferentes bandos que se destruían unos á otros y asolaban el fértil suelo de Mediodía. Empresa era esta superior á las fuerzas de una muger, y mucho mas hallándose distante de su esposo; pero no parecia sino que los obstáculos acrecentaban su valor é inteligencia. Corrió á Sevilla, comenzó á dar audiencias públicas y despachar los negocios de justicia; condenó á cuantos juzgó reos, y usando de su piedad, publicó, con el aplauso de todos, un perdon general.

Hallábase en Sevilla, cuando el 30 de junio de 1478 dió á luz un príncipe que se llamó don Juan. Marchó luego á la frontera de Portugal, y en 1479, ajustó con el rey de aquel reino, solemnes paces, que se publicaron en Lisboa y en Trujillo, resultando principalmente de dicho tratado, el que doña Juana tomara el velo en el monasterio de Coimbra, donde profesó en 1480. Aseguró este acontecimiento la paz del Estado, y fué la reina á Toledo, donde recibió á don Fernando, que volvía de Cataluña. En aquella ciudad, el dia 6 de noviembre de 1479, doña Isabel dió á luz una infanta, que

fué despues heredera de la corona, y conocida en la historia por el nombre de doña Juana.

El trono de Castilla se engrandeció con los estados de Aragon, que heredó don Fernando, de los que tomó posesion con su esposa. No habia ya mas poderosos enemigos que los infieles, y á instancias de fray Tomás de Torquemada se estableció en varias ciudades el tribunal de la Inquisicion: se renovó la ley que ordenaba á los judíos y á los moros vivir separados de los cristianos, no llevar ni plata ni oro en sus vestidos, y darse á conocer por una señal amarilla.

Valientes é inatigables los venturosos reyes, se determinaron á dirigir sus armas victoriosas contra los moros. Prudente la reina, se ocupó primeramente en pacificar la Italia, sirviendo de mediadora para la conclusion de un tratado entre el papa, el rey de Nápoles y la república de Florencia. El pontifice permitió á don Fernando que cobrase del clero un impuesto de cien mil ducados, y publicase una especie de cruzada, segun la cual, todos debian concurrir con su persona ó con sus bienes al buen éxito de la guerra sagrada. El rey y la reina, cada uno por su parte, reclutaron y organizaron tropas, y abrieron la campaña en 1482. Llegó Isabel á Córdoba, infundiendo nuevo aliento con su presencia, y auxiliando á su esposo con soldados y consejos dignos de un gran capitán. En esta ciudad y en el propio año de 1482, dió la reina á luz á la infanta doña Maria.

Parciales triunfos coronaban el esfuerzo de las armas cristianas: el jóven Boabdil, rey de los infieles, cayó prisionero; pero le dieron libertad los reyes de Castilla, con algunas condiciones, vergonzosas para el moro. En el discurso de tres años, se conquistaron al enemigo mas de cuarenta pueblos y otras plazas fuertes, contribuyendo á ello la reina con viveres, caudales y acertadas providencias. En 1485 invirieron los reyes en Alcalá de Henares, y en 15 de diciembre parió doña Isabel otra infanta que se llamó Catalina, y fué andando el tiempo bárbaramente inmolada por su esposo el rey de Inglaterra Enrique VIII.

(Se continuará.)

EFEMERIDES DEL SIGLO XIX.

DIA 14 DE JULIO.—Año de 1808. Accion de Riosoco, ganada por los ejércitos reunidos de Galicia y Castilla.—1823. Capitulacion de la plaza del Ferrol que al dia siguiente se entregó al general Havert, con dos mil hombres.

DIA 15.—1844. Merino ataca y derrota una columna francesa en las inmediaciones de Burgos.—1837. Accion de Chiva ganada por el ejército del centro al mando del general Oráa.

DIA 16.—1835. Batalla de Mendigorria, mandando en jefe el general don Luis Fernandez de Córdoba y el ejército carlista don Vicente Moreno.—1839. Accion de Alcaráz.

DIA 17.—1839. Accion de Hoyo en Pinares. Villacain y Monte Gonzalbo.

DIA 18.—1837. Accion de San Miguel de Tordellas.—1839. Accion de Maella.

DIA 19.—1808. Memorable batalla de Bailen y rendicion del general Dupont con todo su ejército.

DIA 20.—1808. Defensa de Hostalric.—1838. Sitio, asalto y rendicion de Solsona.

LOGOGRIFO.



La solucion en el número inmediato.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número 1.